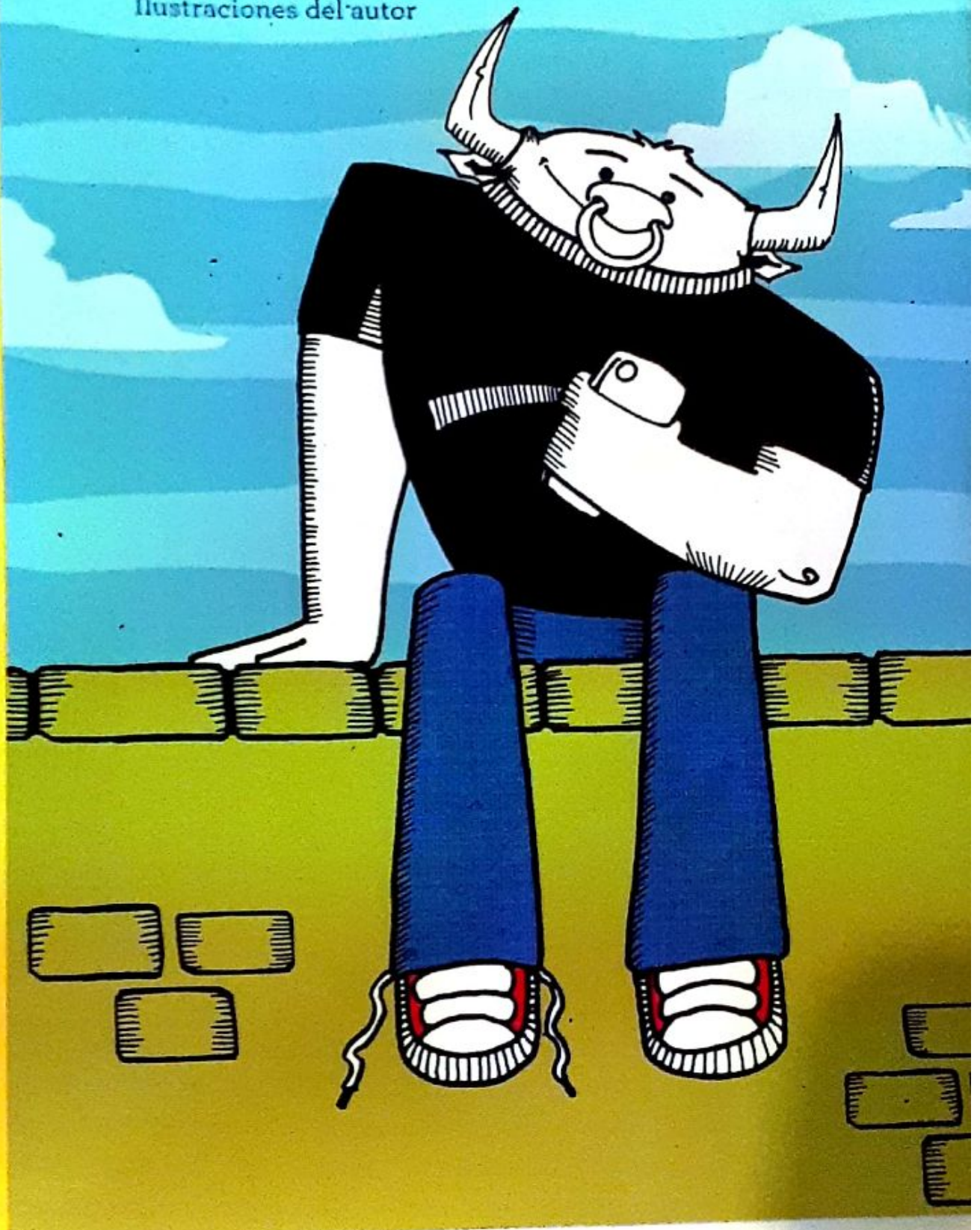




Minotauro en zapatillas

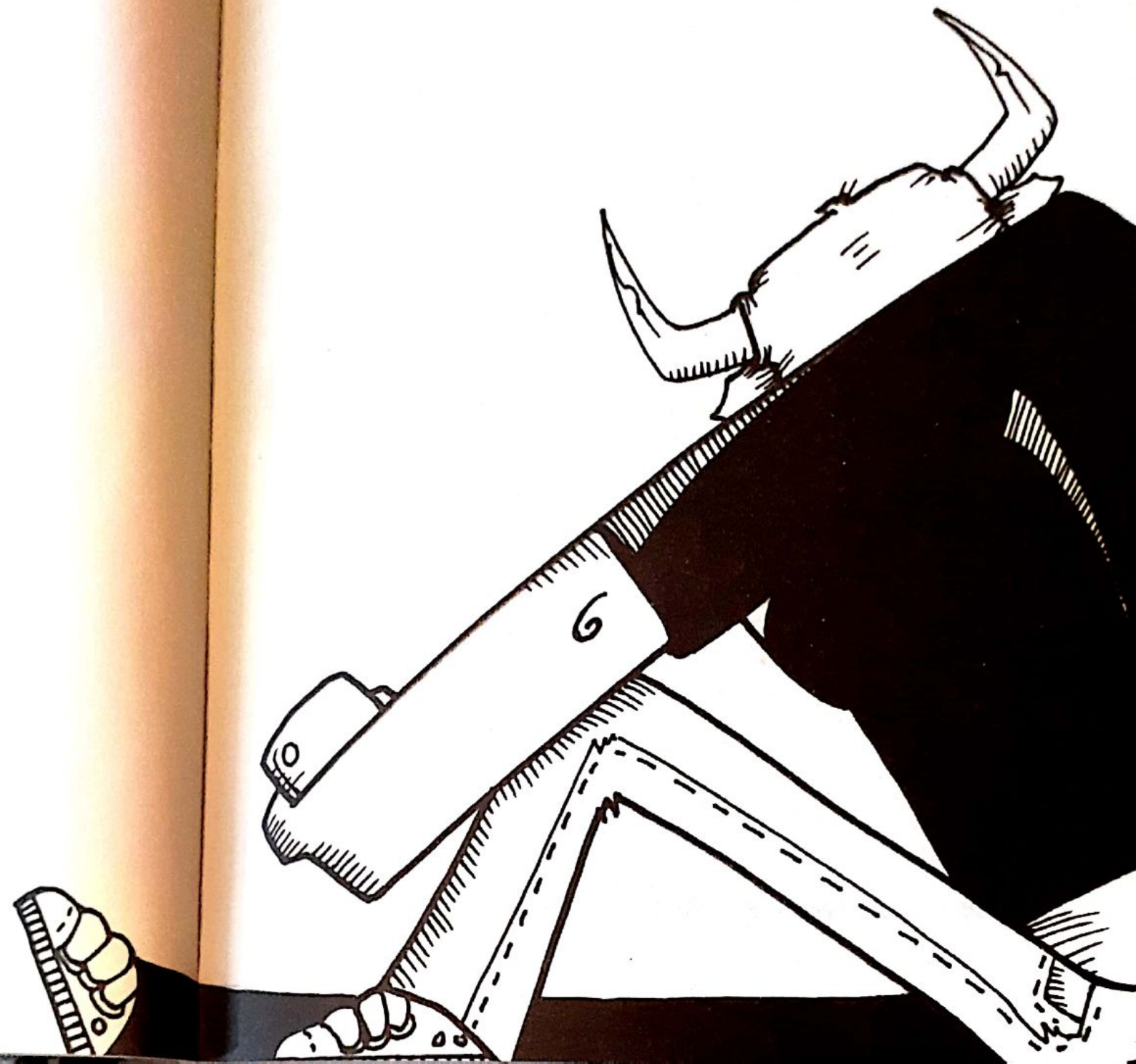
Ezequiel Dellutri

Ilustraciones del autor



*A Felipe, mi Cristóbal.
A Simón, mi Tadeo.
(Para que nunca dejen de buscarse
por el laberinto de la vida).*

PARTE 1
Cristóbal Asterión
El monstruo



MI MEJOR MOCO

—Tiene cuernos.

¿Y para eso el director del colegio estudió tantos años? ¿Para decir lo que es obvio? ¡Claro que tengo cuernos!

—Sí, tiene cuernos. Es un minotauro. Todos tienen cuernos.

El que acaba de hablar es Gregorio Dédalo, mi tutor. Si tengo que ser sincero, no es cómodo que se refieran a vos de esa manera.

Estamos en la dirección del Colegio Nacional Florentino Ameghino. Somos cuatro:

Uno: El director. Supongo que tiene corbata, aunque no la veo: está escondida debajo de su enorme papada. Le tiembla; parece incómodo. Supongo que los monstruos mitológicos lo ponemos nervioso. Creo que dijo su nombre cuando se presentó, pero no le presté atención. Nunca presto atención a nada.

Dos: La secretaria. Tendrá treinta años, aunque no soy muy bueno con las edades. Tiene unas piernas larguísimas y una pollerita muy corta. Es la única que sonrío; me sonrío.

Tres: Mi tutor, Gregorio Dédalo. Como soy un ser mitológico, no tengo padres biológicos, así que viví en el Hogar de Seres Mitológicos

Padre Cronos desde mi nacimiento, aunque no voy a volver: Dédalo decidió que era peligroso que compartiera casa con mi mejor amigo, Tadeo Teseo.

Cuatro: Yo, el minotauro. En realidad, me llamo Cristóbal Asterión, pero eso a nadie le importa. Hoy soy el monstruo, y ya está.

Me sorbo los mocos. Gregorio no me mira, pero mueve la cabeza, negando. Sé lo que quiere decir con ese gesto: no estoy colaborando; pero es mentira, no es fácil tener un estornudo en la punta de tu nariz de toro. Me alcanza su pañuelo de tela perfectamente blanco. Después, sigue hablando:

—Como le decía, señor director, Cristóbal debió abandonar de manera intempestiva el internado y ahora tiene que encontrar un nuevo colegio de mortales... perdón, de gente común y corriente. Usted sabe que el caso de la sibila Cumana ha sentado precedentes. No aceptar a un ser mitológico entre el alumnado está considerado un acto de discriminación.

El director duda. Me mira como casi todo el mundo: con miedo, con curiosidad, con asco. Me sorbo los mocos otra vez y ahora sí, Gregorio tiene razón: no estoy colaborando ni un poquito.

—Yo quisiera aceptarlo —contesta el director, casi como si estuviese contándole un cuento a un chico de jardín de infantes—, pero la verdad es que no tengo vacantes. Todos los cursos están re-ple-tos.

Gregorio se rasca la pera, niega con la cabeza otra vez, y por fin dice:

—Qué raro. El ministro de Educación debe tener información errónea, porque me aseguró que había una vacante: una chica se fue a vivir al interior y pidió el pase. Anahí Correa de la Luna Márquez, ¿puede ser?

—¿El... ministro?

—¿Lo conoce?

—De vista.

—Mire usted. Ayer tomamos el té en su despacho, así que también lo conozco. Gran tipo, gran amigo. Jugamos al golf todos los jueves. A veces me dejo ganar: es muy malo y no le gusta perder, ¿sabía?

—Yo... Una vez lo saludé. De lejos. No le pregunté, porque no creo que se acuerde.

—Entonces, ¿me decía que no hay vacantes?

—Bueno, sí. Hay una, pero...

Gregorio lo interrumpe:

—No me dirá que tiene miedo porque se trata de un minotauro, ¿no? Y menos siendo este un colegio de avanzada. La palabra *discriminación* es muy... fea, ¿no le parece, querido director? Fea y peligrosa. Porque con la palabra *discriminación* siempre viene otra: *medios*. Medios de comunicación. Medios masivos de comunicación.

Gregorio Dédalo lo dice con calma, saboreando cada palabra, una tras otra, como si fueran cucharadas de dulce de leche.

Nada ni nadie lo saca de quicio, nunca.
Nada ni nadie, excepto yo.

Me sorbo los mocos otra vez. Hago ruido.

Mucho ruido.

Gregorio Dédalo se da vuelta y apenas puede disimular su enojo.

—El pañuelo, por favor —miro el pañuelo que tengo en la mano; después, se lo devuelvo—. No, no; usalo, Cristóbal, ¿puede ser?

Pongo cara de asombro, como si recién me diera cuenta de para qué me lo había dado. Vuelvo a sorberme los mocos, y esta vez me aclaro la garganta. Tengo cuello de toro, así que suena como una carrera de camiones de doble acoplado. Al final, escupo un moco verde y enorme sobre el piso de madera. Es impresionante: jamás había sacado una cosa así de adentro mío.

De bien adentro.

Miro a Gregorio.

Miro al director.

Miro a la secretaria, que hace esfuerzos para no reír. Es linda, pero también inteligente. Se dio cuenta de que no soy una bestia; nada más estoy tratando de enloquecerlos.

—Perdón —digo por decir algo.

A Gregorio le cuesta no empezar a los gritos ahí mismo. Es divertido verlo así. Cuando logra controlarse, se acomoda el cuello de la camisa y le repite al director:

—Entonces, ¿hay una vacante?

El director evalúa las posibilidades sin sacar la vista del moco verde. Cuando habla, parece que se lo dice a mi escupida:

—Sí, hay una vacante. Pero el señor Cristóbal Asterión va a tener que comprometerse a cuidar los modales. Y algo hay que hacer con esos cuernos, porque son muy afilados. Y... —empieza, pero antes de terminar la frase se pone de pie, esquiva el moco y se para delante de mí— ... los *piercings* no están permitidos en este colegio.

Señala el aro de bronce que cuelga de mi nariz.

—Todo se puede conversar —interviene Gregorio. Después, me dice—: Mi querido Cristóbal, desde ahora, este va a ser tu nuevo segundo hogar.

Suspiro. Mientras que no sea peor que el primero...

POR MIEDO

Todavía no sé cómo sucedió. Lo cierto es que hace unas semanas yo vivía en el Hogar de Seres Mitológicos Padre Cronos junto a mi mejor amigo, Tadeo Teseo. Hasta que un día pasó lo que pasó. La verdad, fue un espanto.

Entre amigos siempre hay peleas, ¿no? Peleítas de nada. Pero esta fue diferente. No recuerdo todos los detalles, porque después de que Tadeo me insultó, me enfurecí tanto que me olvidé de todo: de los cuernos, de mi fuerza, del hogar, de los demás, de Teseo, de lo que está bien, de lo que está mal.

Me cuesta decirlo, pero me convertí en un animal, como si el monstruoso toro carnívoro que vive en mí se hubiese apoderado de mi voluntad.

Cuando lograron separarnos, medio hogar estaba destruido: lo había hecho yo en mi ataque de locura. Y recién después vino lo peor; Gregorio me dijo que no podía quedarme. Con lo que había pasado esa noche, quedaba demostrado algo que en realidad todos sabíamos: es imposible que un minotauro y un teseo convivan en paz.

—Vos y Tadeo nacieron para ser enemigos. Su destino es perseguirse, no quererse —me recordó esa noche Gregorio Dédalo.

Lo dijo porque, en la mitología griega, Teseo es el héroe que asesina al minotauro, un ser mezcla de toro y ser humano que, por cuestiones poco claras, además es carnívoro: se alimenta con exclusividad de jóvenes que son arrojados al laberinto donde el rey Minos lo encerró. Todos los seres mitológicos llevamos la marca de las historias que nos originaron: nuestro destino es repetirlas, no al pie de la letra, pero sí en lo fundamental. Así que Tadeo y yo deberíamos odiarnos, pero resulta que somos mejores amigos.

¿O debería decir éramos? Porque después de esa noche a todos nos quedó claro que al destino se lo puede engañar por un tiempo, pero no para siempre.

Por mi seguridad y la de Tadeo, Gregorio me sacó del hogar, me cambió el chip del teléfono para que no pudiera volver a comunicarme con mi mejor amigo y me obligó a vivir esta, mi nueva y muy

miserable vida. Así de simple: la misma noche de la pelea preparé el bolso con ropa, un atadito con mis libros, y afuera: ni siquiera pude despedirme de Tadeo, pedirle perdón, tratar de arreglar las cosas.

El problema es que yo soy un monstruo, y él, un héroe. Correspondía que me fuera, y eso hice, aunque contra mi voluntad.

Lo peor es que si me enfurecí con él, si le rompí lo que él más quería... fue por miedo.

En una de esas tendría que habérselo dicho, pero no pude. Pensé que no me iba a escuchar, que romperle lo que yo mismo le había regalado era la mejor forma de hacerle entender el miedo que sentía... Pero no se lo dije y ahora estamos peor que antes: separados, lejos, sin mejor amigo.

Solos.

CIENTO CUARENTA KILOS

Gregorio Dédalo estaciona en la puerta de mi nueva casa. Durante todo el viaje no dice una palabra, ni siquiera cuando se pierde en las calles del barrio. Lo dejo sufrir un tiempo y después, aburrido, le indico cómo llegar. Los minotauros tenemos un poder de orientación que no puede compararse con el de ningún otro ser mitológico.

Antes de abrir la puerta de la camioneta, Gregorio me pone la mano en el brazo. Ya sabía que no se iba a aguantar sin darme un sermón.

—Mirá, Cristóbal, yo entiendo perfectamente lo que te está pasando, ¿sabés? Pero hacerla más difícil no contribuye. Sos consciente de que no puedo ir en contra del Consejo, ¿no?

—Me cago en el Consejo —digo. Se me atragantan las palabras. Tengo mucha bronca, porque sé que Dédalo miente, aunque también dice la verdad: es cierto que no puede ir contra el Consejo, pero estoy seguro de que ni siquiera lo intentó.

Además, estoy harto de que me entiendan. Peso ciento cuarenta kilos, tengo cara de toro y cuernos... ¿Te entiendo? ¡Qué vas a entender!

Gregorio Dédalo me va a retar por haber insultado a los cuatro o cinco viejos del Consejo, pero se da cuenta a tiempo de que no es una buena idea hacerme enojar, así que dice:

—No la compliques a Cirila. Ella no tiene nada que ver en esto. Está feliz de tenerte en su casa.

Me bajo de la camioneta dando un portazo.

—Así no jodés más —digo, aunque sé que Gregorio ya no me escucha. Me encantaría verlo arrancar, enfurecido, haciendo arar las ruedas, pero sé que voy a quedarme con las ganas: Dédalo es de los que te ganan por cansancio. Me gustaría poder hacer lo mismo, pero yo soy de los otros, de los que solucionan todo a los golpes. Y así me va.

Así me va.

ORÁCULO

Busco la llave en la mochila, pero la puerta se abre antes de que la encuentre. Me recibe la sonrisa de Cirila, con los dientes perfectos de su nueva dentadura postiza. Es el drama de vivir con un oráculo: jamás una sorpresa. Lo que va a pasar, ella siempre lo sabe.

—Ya te dije que no me gusta que me abras la puerta, abuela. No sé para qué me diste las llaves si te vas a aparecer así.

Cirila no es mi abuela, pero no encuentro otra forma de llamarla. Dédalo le encomendó la tarea de cuidarme mientras el Consejo resuelve qué hacer conmigo, lo que puede tardar unos buenos meses: sus discusiones duran años. Hace una semana que vivo con Cirila y no es nada fácil.

—Ya te preparé la chocolatada con vainillas en la que venías pensando —me dice.

La abuela es un oráculo, así que conoce el futuro, o lee la mente, o las dos cosas. La conozco desde que soy chico: cada año nos visitaba durante las Cronias, la principal fiesta de los seres mitológicos griegos; Cirila se sentaba a la mesa del comedor y se pasaba toda la tarde adivinándonos el futuro. En ese entonces me parecía fantástico que pudiese saber tanto. Por eso trataba de estar a su lado todo el tiempo que fuese posible y me daba mucha tristeza cuando, dos o tres días después, partía para volver recién al año siguiente.

Cuando Gregorio me dijo que me iba a llevar a su casa hasta que el Consejo resolviera, me pareció que, dentro de la catástrofe en la que se había convertido mi vida, era lo mejor que podía suceder. Tardé muy poco en darme cuenta de las complicaciones que trae convivir con un oráculo: Cirila siempre sabe lo que quiero. Como es muy servicial, trata de darme lo que se lo pida. Hace unos días creía que eso era genial, pero al final no está tan bueno. Nadie decide en su cabeza: se decide con las palabras, y Cirila no me deja decir ni una, porque antes de que yo hable, ya está resuelto. Es como ser esclavo de vos mismo: quiero chocolatada y vainillas, pero justo cuando la abuela me las ofrece, dejo de quererlas; solo me gustan las cosas que efectivamente elijo, no las que me imponen.

—¿Tenés mate? —le pregunto mientras camino para la cocina.

—Pero... —empieza Cirila, y se corta cuando se da cuenta de que lo hizo de nuevo—. Perdoname, Cristóbal, perdoname. Fue sin querer.

—No sé cómo podés vivir sabiendo lo que va a pasar, abuela. Tu vida es la más aburrida del mundo.

—Puede ser... —dice mientras pone la pavita en el fuego. Reconozco que me excedí con la última frase. Quiero pedir perdón, pero no me sale.

—Qué rico mate —comento; es mi bandera de rendición.

—¡Sabía que te iba a gustar! —me contesta, entusiasmada.

"Claro que lo sabías", pienso.
Claro que lo sabías.

LABERINTO

Se hace de noche rápido. Desde mi cuarto puedo ver la calle, los cables que se entrecruzan, las luces que iluminan la vereda. Podría saltar, escapar, irme para siempre de acá, pero... ¿para qué? No sé adónde. Estoy cada vez más solo.

VACUNAS COMPLETAS

Dicen que el primer día en una nueva escuela no es fácil.

Que hay que aguantar las miradas.

Que hay que intentar ser simpático.

Que hay que caerles bien a los profesores.

Pero, si sos un minotauro, todo eso se multiplica por dos.

O por diez.

O por mil.

Primer problema: encontrar lugar.

Todos tienen el suyo, porque el año ya está empezado, así que voy hacia el único asiento vacío: contra la pared que da al pasillo, justo entre las dos ventanas. Puedo soportarlo: después de todo, nací para vivir encerrado en un laberinto. El problema es que no entro.

La chica que está sentada adelante ahora me ignora, pero cuando entré me clavó la mirada, como todos. Hace globo con el chicle hasta que se le revienta en la cara, y después lo despega, se lo vuelve a poner en la boca y empieza de nuevo.

—¿Te podrías...? —digo.

No me mira, no me escucha, ni siquiera me huele. Me decido por la fuerza.

Corro mi mesa hacia adelante y empujo su silla. Justo en ese momento, el chicle se le revienta.

—¿Qué hacés, boludo? ¡Me reventaste el globo!

—No entro.

—Bajá de peso.

—Soy así.

—Esa no es excusa.

Se corre a regañadientes. Me siento, saco mi carpeta, miro al frente durante unos segundos.

Otros segundos.

Otros.

Y otros.

Los demás comentan en voz baja. Me doy cuenta de que les avisaron que el monstruo iba a venir, que no le tuvieran miedo, que lo aceptasen, que lo trataran bien, que, si pasaba algo, por mínimo que fuera, les avisasen a los profesores o al director. Les enseñaron que hay que ser buenos, pero no confiados: eso es lo mejor que puede conseguir alguien como yo de los demás.

Si Tadeo estuviese conmigo, nos reiríamos de ellos, pero ahora pasa justo lo contrario: el grupo de atrás se está riendo de mí.

Que entre algún adulto, por favor.

Que entre, aunque los deteste.

Llega la profesora de Matemática. Me clava la mirada, pero no dice nada.

—De pie —susurra apenas. Todos le hacen caso de inmediato. Es de las profes con las que no se juega. Cuando me levanto, empujo mi mesa y vuelvo a golpear a la chica de adelante. De nuevo, le estalla el globo del chicle. Por el olor, me doy cuenta de que es de frutilla.

—¡Pero qué te pasa, mastodonte! ¡¿Sos boludo?!

Boludo parece ser su expresión preferida para referirse a mí.

—Nada, ya te dije, nací así, ¿qué querés que haga?

Se para sobre la silla y me golpea en la parte de arriba de la cabeza, justo entre los cuernos, como si estuviese llamando a la puerta.

—¡Habrás nacido así, pero lo que tenés acá abajo es tu responsabilidad, grandote!

Me tocó. No me tiene miedo, y eso me gusta.

La profesora interviene:

—Señorita Fuccille, bájese ya mismo de esa silla. Y no toque al nuevo. Todavía no sabemos si es agresivo o puede transmitir alguna enfermedad.

No logro contenerme:

—Tengo todas las vacunas puestas, profesora. Incluida la de la rabia.

La vieja se pone roja. Después nos señala con el dedo índice y el corazón, haciendo la ve de la victoria con la mano derecha, pero de manera horizontal:

con un dedo me apunta a mí, y con el otro, a la señorita Fuccille, que ya volvió a hacer un globo. Con la mano izquierda nos muestra la puerta.

A dirección el primer día.
Todo un récord.

JUSTO DEBAJO DE MIS CUERNOS

No hace quince minutos que empecé en mi nueva escuela y ya estoy caminando a la dirección con la señorita Fuccille.

—Me llamo Marina, pero mis amigos me dicen Fefé.

—Bueno, Fefé...

—Dije "mis amigos".

—Está bien. Yo me llamo Cristóbal, pero me dicen...

—Monstruo, cornudo, bestia horrenda... ¿la pegué?

—No. Me llamo Cristóbal, pero me dicen Cristóbal.

Fefé Fuccille me mira. Le guiño un ojo. Mala idea; enseguida me siento un estúpido.

—Está bueno eso: te llamás Cristóbal, te dicen Cristóbal —sonríe debajo del globo.

Llegamos a la puerta de la dirección. Cuando estoy por golpear, Fefé me detiene.

—¿Qué vas a hacer, grandote?

—Golpear.

—Esperá a que me vaya.

—¿Cómo te vas a ir?

—Caminando.

—No, me refiero a que la profesora...

—La profesora es una aburrida a la que no voy a hacer caso. Además, ¿lo conocés al director? El pobre no entiende que nadie puede tomarse en serio ese trabajo.

Fefé se pone las manos en los bolsillos y empieza a caminar por el pasillo.

—¿Adónde vas?

—A pasar el rato. Avisame cuando salgas, así volvemos juntos. Sería sospechoso que entraras al aula solo, ¿no?

La sigo.

—No te invité a que me acompañaras.

—Tampoco te pedí permiso. Estamos juntos en esto, Fefé.

—No me digas "Fefé".

—Te digo como quiero.

Nos detenemos frente a una pequeña escalera. Fefé se tira el pelo para atrás y se descuelga un collar que tiene como dije una llave.

—No creo que aguante —se dice a sí misma luego de mirarme de arriba abajo. Después, encoge los hombros.

Subimos la escalera, que sí me aguanta. Los escalones terminan frente a una puerta de madera muy vieja. Está cerrada con un candado.

—Antes había una oficina o algo así, pero en una inspección los bomberos dijeron que no se podía usar más, porque si el colegio se prendía fuego era difícil salir y, además, el piso es de madera reseca, que prende enseguida. Así que lo llenaron de cosas y se olvidaron de que existe.

—¿Y por qué te dieron la llave?

—No me dieron la llave. Ese candado lo puse yo. Necesitaba un lugar donde pasar el tiempo y no iba a ser en el aula, prestando atención a los profesores.

Entramos. El piso cruje a cada paso.

—Fijate de pisar donde están los clavos, que coinciden con las vigas. Y alejate de mí, que no quiero caerme con vos.

Pasamos por una torre de bancos viejos hasta que llegamos a una especie de claro en el bosque de descartes. Hay tres colchonetas apiladas, una frazada a cuadros y una linterna. Por una ventanita entra un poco de luz.

—Es igual que en *La historia interminable*... —digo.

—¿El libro o la película?

—El libro, obvio. Es uno de mis favoritos, aunque no lo pude terminar —“por qué lo dije, por qué lo dije, por qué lo dije”.

—Hace un rato pensaba que eras medio estúpido. Con ese chiste lo confirmé —dice Fefé y se muerde el labio inferior.

Después señala con el dedo una pila de libros.

—Estos son los que los chicos se olvidan. Hay algunos muy buenos.

—¿Venís acá a leer?

—Un poco. Y a escuchar música.

Fefé pone música en su celular. Después, me muestra una foto.

—Mirá, este es mi perro Pasteur —en la foto se ve a un perro que en la panza tiene la huella de una rueda.

La miro y le pregunto:

—¿Sobrevivió?

—¿A vos te parece que puede sobrevivir a que un colectivo le pase por arriba?

—Como hablaste en presente...

—¿No creés en los fantasmas?

Pienso en las hermanas Erinia, mis compañeras en el hogar. Feas y translúcidas, son la mezcla perfecta de espectros y demonios.

—No creo en esas cosas.

—Es raro. Sos un minotauro.

—No sé qué relación hay entre ser un minotauro y creerse cualquier estupidez.

—Durante años, la gente pensó que ustedes eran un invento de los griegos.

—El Minotauro del mito. Yo soy real.

—¿Y vos también comés personas?

—No. Me gusta el asado, pero nada más.

—¿Crudo o a punto?

—A punto.

—¿Y los chinchulines?

—Sí, claro. ¿A quién no?

—Después de ver a Pasteur con los intestinos desparramados, no pude volver a comerlos.

—Te entiendo.

Nos quedamos en silencio un rato, escuchando música.

—Tenés razón —le digo.

—Claro que tengo razón. Siempre tengo razón. Igual, no sé por qué lo decís.

—Por lo que me dijiste hoy cuando te subiste a la silla, que de esto sí soy responsable —digo haciendo toc-toc sobre mi cabeza.

—Pero claaaro. Al final, de lo único que somos responsables es de lo que pasa debajo de nuestros cuernos, grandote.

LISTA

Esa noche, antes de dormir, hago una lista mental de las cosas que extraño del hogar:

1.
Tadeo Teseo.
2.
El colchón.
3.
Los fideos del destino que las hermanas Moira cocinan todos los miércoles. (La abuela Cirila cocina bien, pero lo suyo no son las pastas).
4.
El ruido de la puerta cuando Lucio Fauno se levantaba a la madrugada para ir al baño. Darme vuelta en la cama sabiendo que todavía faltaban horas para ir al colegio, yo en bicicleta, Tadeo en su skate.
5.
El olor al establo de los centauros, sobre todo cuando llueve.

Después, hago una lista de las cosas que odio de mi nueva vida:

1.
Todo.
2.
Mis compañeros de colegio, en especial sus ojos, que siempre me miran fijo, con miedo, con rechazo, con asco.
3.
Las calles de este barrio, que quieren ser un laberinto, pero a mí no me confunden ni un poco.
4.
El ruido de los colectivos durante la noche, que me gritan que no estoy en el hogar y me recuerdan que Tadeo Teseo no está roncando en la cama de al lado.
5.
Fefé Fuccille. Es creída y mala compañera.

Trato de dormir. No puedo, hasta que al final me corrijo: no odio a Fefé. Me gustaría odiarla, pero no. Me duermo.

UN MINUTO PASA VOLANDO

Hacerte el bravucón con alguien de tu tamaño, eso es ser malo.

Hacerte el bravucón con alguien más chico, eso es ser malo y miserable.

Pero hacerte el bravucón con un monstruo de ciento cuarenta kilos... Bueno, en eso no hay maldad: es estupidez pura.

Así que cuando durante mi segunda mañana en el colegio veo al burlador del curso moviendo su buzo rojo mientras que la comparsa de imbéciles se ríe de la ocurrencia, lo único que puedo sentir es lástima.

—No me digas que nos les haga caso —le digo a Fefé Fuccille.

Estamos apoyados contra la pared de los bebederos, riéndonos de cómo los de primer grado se chorrean cada vez que tratan de tomar. En el segundo recreo van a estar de nuevo acá, porque no la entienden. De chico hacía lo mismo, pero cuando crecí aprendí a no caer en esas trampas.

—Jamás te diría que no reaccionases —me aclara Fefé.

—Voy a ir a decirle al director. No puedo...

No termino la frase. Fefé infla el globo hasta que se le revienta, se lo despega de la cara, se lo mete en la boca otra vez. Después, me dice:

—Es justo lo que esperan. El director nunca hace nada. Y hasta corrés el riesgo de que te eche la culpa a vos...

Pienso que solo falta un minuto para que me enamore perdidamente de ella.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis,

diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve... ¡sesenta!

Listo. Enamoradísimo.

—Y entonces, ¿qué debería hacer? —digo, para disimular.

—Ser un poco más... contundente.

DESPARRAMO

¿Cómo decirlo? Fue un desparramo.

Es que ser un poco más contundente tiene sus contras: volaron pibes para todos lados, aunque nadie salió herido; por lo menos, no de gravedad. Sé dar cornadas sin lastimar. Puedo parecer un toro, pero pienso como hombre.

El director, claro, se puso como loco.

Gregorio, claro, se puso como loco.

Fefé, no.

A Fefé le encantó.

Y la secretaria, en voz bajita, me dijo que se lo merecían.

Primero era expulsión, pero Gregorio negoció: cinco días suspendido.

A PEDAL

Gregorio Dédalo maneja su camioneta desde el colegio hasta la casa de la abuela sin decir palabra. Cuando llegamos espero que comience su discurso, pero no. Es mucho peor: arranca diciendo que me entiende, que sabe lo que me está pasando, que es comprensible que reaccione mal, que tengo que aceptarlo, que es por mi bien, que no me conviene juntarme con Fefé, que es una mala influencia, que tenga cuidado.

No le contesto. Tengo que aprovechar su cambio de estrategia de agresivo a comprensivo. Además, hasta yo sé que revolear compañeros para los cuatro costados está pésimo.

—Le dejé a Cirila un regalo para vos —me dice al final de su sermón.

Me despido con curiosidad, pero sin preguntarle de qué se trata. Cuando entro a casa, la veo: mi vieja bicicleta reforzada.

—Gregorio dice que salgas a andar, que tenés que descargar toda esa energía —me explica la abuela.

No es un regalo: nadie te regala algo que ya es tuyo. Y, además, Gregorio no lo hace de bueno: solo

quiere que canalice mi bronca en los pedales. Al principio tengo ganas de llorar, pero de llorar de verdad, con lágrimas enormes y mocos cayéndome de la nariz. Porque en esa bicicleta yo acompañaba a Tadeo: él en su *skate*, yo pedaleando, así andábamos, buscando lugares donde hacer alguna nueva hazaña para grabarla en video y después colgarla en la red. Esa era nuestra vida: yo, todo el día pensando pruebas nuevas para Teseo, imaginando cómo filmar los trucos más asombrosos; mi amigo, haciendo sus acrobacias casi sin despeinarse, siempre subido a la patineta que yo le regalé después de ahorrar por más de siete meses: *ollies*, 360, *grinds*... Lo que quieras, él lo hace a la perfección.

Cuando logro reponerme, no puedo creer que tengo mi bici otra vez: es vieja, está oxidada y le faltan rayos, pero no importa; una bicicleta es libertad con dos ruedas, y yo voy a aprovecharla.

Después de todo, tengo cinco días de "vacaciones" por delante.

DOS MUY SOLOS

A la tarde, voy a buscar a la abuela al jardín de nuestra casa. Sé que está ahí porque cuando no cocina, cuida las plantas: saca las hojitas que están secas, estrella los caracoles contra la medianera, mete la manguera en el hormiguero, revienta pulgones con las uñas... Verla así, como un ángel exterminador

de los bichos que se comen sus plantas, me fascina. Porque la abuela es dulce y buena, pero también puede ser destructiva, como fui yo esta mañana con los chicos que se burlaron de mí. La diferencia es que la abuela sabe manejar su bronca; en cambio, yo solo estallo.

—Abuela, ¿qué pensás de mí?

—Que sos un amor, Cristóbal.

—¿De verdad? Vos sabés que hoy revoleé por el aire a cuatro chicos, ¿no? Y que, si no me paraban, hubiesen sido más.

—Algo te habrán hecho.

Me quedo pensando.

La abuela me interrumpe:

—A veces, no sabés quién sos: si más persona que animal o más animal que persona, ¿no?

—¿Me estás leyendo la mente?

—No, Cristobalito. Me pediste que no lo hiciera.

Me siento en un banco de material, de esos que están decorados con pedacitos de cerámica. La abuela sigue cuidando sus plantas, acomodando hojas y ramas, asesinando insectos indefensos.

—Es verdad, abuela. A veces, no sé quién soy.

—Y eso te da miedo.

—Mucho. Porque, imaginate... ¿y si un día no puedo parar? ¿Y si en lugar de darles un par de revoleadas, termino matándolos?

La abuela se sienta a mi lado. En la mano tiene algunas hojitas que recogió mientras conversábamos. Las aprieta como si fuesen un tesoro.

—Nadie sabe realmente quién es uno, Cristóbal. No hay espejo que nos muestre tal cual somos. Acostumbrate. Y es verdad: podés hacer lo peor.

—¿Y cómo vivo sabiendo eso?

—No hay espejo, dije. Pero a veces no necesitás verte, sino que te miren.

—¿Que te controlen?

—No, Cristóbal. Que te vean, nomás. Y que te ayuden a verte.

—¿Y vos me podés ayudar?

—Te puedo decir lo que yo veo: un grandote que tiene muchas ganas de vivir, que se siente muy solo, que se cree muy torpe, que está un poco enamorado, que extraña horrores y que no se da cuenta de que al lado tiene a una vieja que lo quiere bien.

La abuela abre las manos y una brisa suave se lleva las hojas que guardó todo este tiempo.

—Perdoname, abuela —le digo apenas.

Soy mucho más grande que ella, pero qué chiquito me siento, sentados en el mismo banco de mosaicos, rodeados de flores, dos muy solos que de pronto se encuentran en una tardecita cualquiera.

UN QUIÉN

Es de madrugada y no puedo dormir.

Suena el celular. Es Fefé.

—¿Dormís, grandote?

—No.

—¿Tenés ganas de hablar?
 —No.
 —Hasta mañana.
 —Pará. Sí tengo ganas. Además, mañana no voy a la escuela. Estoy suspendido, ¿te acordás?
 —Qué complicado sos.
 —Lo de hoy, la pelea...
 —Fue genial.
 —No. No fue genial.
 —¿Por?
 —Porque no. Cuando hago cosas como lo de hoy en el patio, no sé quién soy.
 —¿Por?
 —No sé si soy un monstruo o una persona.
 —Quién.
 —¿Quién qué?
 —Antes dijiste "quién". "No sé quién soy".
 —¿Y?
 —Y eso. Que sos un "quién", no un "qué".
 —Es buena esa.
 —Pensala, grandote. Pensala.

LA VIEJA

No puedo dormir. Estoy más convencido que nunca: tengo que torcer mi destino de monstruo, de animal caníbal y solitario. Porque ¿cómo voy a poder vivir sabiendo que dentro de mí hay una bestia salvaje y cruel que puede despertarse en cualquier

momento? Y, además, tengo que ver a Tadeo, pedirle disculpas, lograr que me ayude.

Entonces, lo recuerdo: hace mucho tiempo, durante las fiestas Cronias, escuché a las hermanas Moira, las cocineras del hogar, hablar de la Vieja. Yo algo había escuchado antes; pensaba que era un cuento de esos que van pasando de boca a oído, pero no: ellas la mencionaban como a alguien real, alguien a quien conocían.

—¿Decís que invitaron a la Vieja? —comentó una de las hermanas Moira esa noche de fiesta, mientras veían cómo los invitados devoraban las increíbles comidas que habían preparado. Con Teseo habíamos dicho que íbamos al baño, pero en realidad fuimos a la pieza de Tomasino Heracles, que es un creído insoportable, para ponerle una familia entera de cucarachas adentro de la funda de la almohada. Cuando volvíamos, nos cruzamos con las Moiras, así que, escondidos en un pasillo, escuchamos la conversación.

—A la Vieja siempre la invitan, porque saben que no va a venir —respondió otra. Con Tadeo nunca diferenciábamos a las hermanas Moira: son exactamente iguales.

—Hasta que un día venga y se arme la podrida del Olimpo —dijo la que todavía no había hablado, y las tres se rieron. Después, siguieron conversando de otras cosas: de lo grandes y feas que estaban las hermanas Erinia, de cómo estaba creciendo Augusto Briareo y de lo insufrible que era Lucio Fauno.

La Vieja era un ser mitológico como nosotros, aunque desconocíamos de qué tipo. Lo que sí sabíamos era que se había atrevido a renunciar a su destino, se había negado a sí misma, había despreciado su esencia: se había convertido en una persona común y corriente. Y si ella había podido, ¿no podía también yo ser uno más, abandonar toda mi monstruosidad griega?

El problema es que los adultos niegan la existencia de la Vieja; si no hubiese sido por esa conversación, jamás nos habríamos enterado de que no era un mito.

Me doy cuenta de que esa mujer, de la que tan poco sé, es mi única esperanza: tengo que encontrar a la Vieja, pedirle que me explique cómo dejar de ser lo que soy, pero... ¿por dónde empezar? Ni siquiera conozco su verdadero nombre.

Para los seres mitológicos, la Vieja es una sombra. Nunca voy a poder encontrarla.

Nunca.

Jamás.

MEJORES AMIGAS

Aprovechando que no tengo que ir a la escuela porque estoy suspendido, me levanto tarde; apenas desayuno, salgo a andar en bicicleta, doy vueltas por el barrio como un enloquecido. Un par de veces, los automovilistas me tocan bocina y dicen cosas

irreproducibles hasta que se dan cuenta de que soy un monstruo y aceleran para alejarse lo más rápido que pueden.

Vuelvo pasado el mediodía. La abuela me hizo milanesas, pero ya están frías. Igual las mordisqueo como una bestia hambrienta. Cuando termino, Cirila me ofrece una pera, le digo que sí, la pela y la corta. Me mira comer y, como no quiero hablar con nadie, clavo la vista en el mantel; tiene unos dibujos raros, entrecruzados, como un laberinto.

Y entonces me doy cuenta de que, si las hermanas Moira sabían de la Vieja, la abuela Cirila, que es un oráculo, también tiene que saber:

—¿Qué edad tenés, abuela?

—Muchos años tengo, muchísimos.

—Si te pregunto algo, ¿me vas a contestar la verdad?

—Salvo que sea cuántos novios tuve... Trece, creo, pero no te lo voy a decir. Bueno, catorce, si contamos a ese gnomo que conocí cuando estuve en Escocia de vacaciones. Era muy chiquito. Trece novios y medio, entonces. Pero no insistas, porque no te voy a contar. Todos buenos mozos, eso sí.

—No es eso, abuela. Quiero saber si conociste a la Vieja.

—¿La Vieja? No sé quién es la Vieja.

—Prometiste decir la verdad...

—No me gusta que le digas así. Tiene nombre.

—Sí, seguro que tiene nombre, pero yo no lo sé.

—Sofía.

—¿Sofía? No es nombre de vieja.

—Por eso no deberías decirle así.

—Entonces, la conociste.

—No la conocí.

—Pero sabrás algo sobre ella, qué fue lo que pasó, cómo hizo para renunciar...

—Tenés que aprender a escuchar, Cristóbal. Te dije que no la conocí, y es verdad. Porque no la conocí: la conozco. Sofía es mi mejor amiga.

EXISTE

Esa tarde, la abuela Cirila no me quiso decir nada más.

—Dale, abuela —le insistí.

—Ya te dije más que suficiente. Si tu destino es conocerla, la vas a conocer.

Los oráculos son así: caprichosos. Te dicen lo que quieren, cuando quieren y como quieren.

Pero por lo menos, ahora tengo una certeza: la Vieja no está lejos. Puedo hablar con ella. Puedo preguntarle cómo hizo para escapar de su destino.

UN GOLPE SECO

Cuando me reincorporo a la escuela, le cuento a Fefé lo que averigüé. Mi gran problema ahora es sacarle más información a la abuela Cirila.

—Fácil: la atamos a una silla, no le damos de comer durante unos días, le ponemos una luz bien

fuerte adelante y le preguntamos dónde vive la Vieja. La ablandamos —me asegura Fefé.

Estamos en el recreo, pero ya nadie nos molesta. Un grupo de chicos de primero intercambia figuritas. Hubo un tiempo en el que mi vida era así de sencilla: mi máxima preocupación era llenar el álbum.

“Maltratar a Cirila no es la solución”, pienso.

—¿Cómo le voy a hacer eso? Es como si fuera mi abuela, Fefé. Quiero saber dónde vive Sofía, no hacer que una vieja la pase fatal.

—Le secuestramos al gato.

—No tiene gato.

—¿Cómo no va a tener gato? Todas las viejas tienen gato.

—Todas no.

—La asustamos. Me disfrazo de fantasma y...

—Es un oráculo, mirá si le va a tener miedo a un fantasma. Hay que pensar otra cosa.

Y eso hacemos: pensamos durante un rato. Los chicos de primero discuten. Parece que uno le robó figuritas al otro. Se empiezan a empujar.

—La violencia genera más violencia —les digo. Deben pensar que es raro que el mismo chico que hizo volar por los aires a sus propios compañeros les dé este consejo. Igual, se calman precisamente por eso: saben de lo que soy capaz.

De pronto, Fefé habla. No le aparece un foquito arriba de la cabeza, pero casi:

—¿Cirila tiene una agenda de teléfonos?

—¿Qué es una agenda de teléfonos?

—Un librito en el que se anotan números de teléfono y direcciones. Todos los viejos tienen uno.

Trato de recordar. Fefé huele a chicle de frutilla y eso me distrae.

—Puede ser. La otra vez la vi con un cuadernito de esos que tienen el abecedario al costado.

—Índice alfabético, se llama. ¿Estaba todo roto el cuadernito?

—Sí, sí. Como si lo hubiese usado durante mucho tiempo.

—Es ese. Así que ahora vas, entrás en silencio, agarrás el palo de amasar y le das justo acá, en la nuca, un golpe seco, de una. Cae desmayada y le robás el cuaderno.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Con fuerza, Cristóbal. Si le pegás, que sea con fuerza.

La miro, le sonrío; ella me saca la lengua y después hace un globo con el chicle. Quiero decirle que está linda, que es hermosa, que la amo.

Pero en cambio, le pregunto:

—¿Me convidás un chicle?

—No —me contesta—. Son solo para personas normales.

GRANDOTE

Esa noche, me aseguro de que Cirila esté durmiendo. No tengo sueño; desde mi ventana veo el cielo

oscuro atravesado por la lucecita del semáforo de la esquina, siempre descompuesto: un amarillo que se enciende y se apaga.

Vuelvo a pensar en la pelea que tuve con Tadeo Teseo antes de irme del hogar. Había perdido el control hasta tal punto que me costaba recordarla. Nunca me había pasado algo así: todo se tiñó con una luz roja muy intensa, y entonces yo no era yo, sino un pasajero aterrorizado dentro de mi cuerpo.

No quería asumirlo, pero el miedo de Gregorio era también el mío. ¿Y si tenía razón? ¿Y si con Teseo habíamos nacido para ser enemigos? ¿Y si mi vida o su vida dependían del otro?

“Eso está bien”, pienso: si mi vida depende de alguien, quiero que ese alguien sea Tadeo, mi amigo, el mejor que alguien pueda tener.

No puedo seguir pensando, porque me llega un mensaje de Fefé.

FeFeFu

Ya encontraste el cuaderno, grandote?

HotCuernos

No lo busqué.

FeFeFu

Y qué esperás?

HotCuernos

Quiero que conozcas a Tadeo.

FeFeFu

Seguro que me va a caer mal.

HotCuernos

Por qué?

FeFeFu

Porque dijiste que era flaco.

HotCuernos

Y?

FeFeFu

Nada.

Pasan unos segundos. El teléfono se apaga, se vuelve a encender. Es Fefé otra vez.

FeFeFu

Nada. Que a mí me gustan los grandotes.

FALLOS DEL DESTINO

Te pueden gustar los grandotes, pero bajar las escaleras sin hacer ruido si sos enorme es imposible. Cada tanto me quedo quieto, respiro hondo y, para tranquilizarme, vuelvo a leer el mensaje de Fefé. Me agito más; otra vez respirar hondo e intentar calmarme. Tardo una eternidad en llegar a la cocina.

Abro el segundo cajón: ahí está guardado el cuaderno de Cirila.

La Vieja se llama Sofía, pero los datos están agendados teniendo en cuenta el apellido. Noto que, en algunos, Cirila anotó solo el número de teléfono, la mayoría de línea, una antigüedad. Solo cada tanto figura, también, una dirección. Quiero ver a la Vieja. No voy a arriesgarme a hablarle por teléfono, no voy a darle la oportunidad de que me corte y, después, le avise a Gregorio. Necesito respuestas a preguntas que voy a hacerle cara a cara.

Pienso que en la libretita no voy a encontrar la dirección, ni el teléfono, ni nada de nada.

No va a funcionar. No va a funcionar, pero es lo único que tengo.

Paso una a una las páginas.

—A, be, ce, de, e, no va a aparecer, efe, ge, hache, i, jota, esto es una pérdida de tiempo, ka, ele, eme, ene, o, ¿cómo te podés apellidar Ortúzar?, pe... ¡acá está! Palacios, Sofía... ¡Sí! Pero... ¿y la dirección? No está, no está, no está... A ver... hay un asterisco... Acá está, la última anotación de la página... ¿Dónde queda eso?

Anoto la dirección en mi teléfono y guardo la agenda. Cuando doy media vuelta para irme, la veo: Cirila está en camión, justo detrás de mí.

Mi corazón estalla. No como un petardo, ni siquiera como el ruido de una puerta cuando la cierra de golpe el viento: estalla como una bomba atómica... ¡como dos bombas atómicas!

Me agarro el pecho. Voy a morir, lo sé... ¡Y justo cuando conseguí la dirección!

—¿Te asustaste? —me pregunta Cirila.

Voy a contestarle que no, que cómo me voy a asustar de que alguien se me aparezca de la nada en plena noche cuando estoy robándome una libreta. Pero le digo que estoy bárbaro, que mi único problema es que no puedo dormir.

—Parece que hubieses visto un fantasma —me dice Cirila, como si no le importase qué hago ahí a esas horas.

—Es que me sorprendiste. Pensé que dormías.

—Yo también pensé que dormías.

—Pero si vos sabés todo lo que va a pasar...

—A veces, el destino falla. Ya te caliento un vasito de leche, vas a ver cómo te quedás dormido enseguida.

Le digo que no, que estoy bien. Igual pone la leche al fuego.

—No puedo dormir porque me resulta imposible entender por qué me enfurecí tanto con Tadeo —digo de una.

—Todos tenemos una parte oscura, Cristóbal. Al verdulero, por ejemplo, le gusta comerse los mocos cuando cree que nadie lo ve. Siempre ocultamos algo, a veces tan bien que hasta lo escondemos de nosotros mismos. Vos, por lo menos, lo sabés. Además, te diste cuenta de un detalle muy importante: esa sombra que tenés adentro no te gusta. Es el primer paso.

—¿Y el segundo cuál es?

—Eso tenés que averiguarlo vos. Los que saben del tema llaman a esa búsqueda "el camino del héroe".

—Pero yo no soy un héroe.

La abuela saca el jarrito del fuego, pone la leche tibia en un vaso y la endulza con miel.

—En una de esas todos somos héroes, Cristóbal. Modestos, sin superpoderes, ¿sabés? Comunes y corrientes. Por ahí, hasta llenos de miedos. Pero somos héroes, porque seguimos. No nos rendimos. Y vos, por lo que veo, no pensás rendirte.

Tomo de un sorbo el vaso de leche que la abuela acaba de pasarme. Estoy por decirle que le robé la dirección de la Vieja, pero antes de que pueda abrir la boca me hace un gesto para que me calle. Elijo hacerle caso.

—¿Qué gusto tendrán los mocos? —le digo.

—Saladitos, pero no me preguntes cómo lo sé.

NADIE TE ACOMPAÑA

—No es difícil llegar —me dice Fefé cuando le muestro la dirección de la Vieja—. Son unas cuantas estaciones de tren y nada más.

—¿Vos me acompañarías?

—No.

—Por favor...

—Ya te dije que no te voy a acompañar. Pero da la casualidad de que mañana tengo que ir para el mismo lado. Eso sí, a vos seguro te mandan al furgón. No esperes que te acompañe también ahí.

El furgón es el último vagón del tren, ese en el que viaja la gente que tiene bicicletas o algún tipo de carga que puede molestar a los demás pasajeros. El mensaje es claro: yo soy una molestia. Una gran molestia.

Un grupito de chicos de primer grado me mira, me mira y no deja de mirarme.

—¿Qué les pasa? —les pregunto. Se asustan un poco, pero uno, el que está más sucio y tiene frutillones en las rodillas, me dice:

—Queremos saber cómo vencerte.

—Es imposible.

—No, no, no —dice un gordito. Bien alimentado, pero un poco pálido—. Tiene que haber alguna forma. Los programadores no te van a poner en la mitad del juego si sos invencible.

—¿De qué hablan? —les pregunta Fefé.

—Choque de dioses, nivel doce —dice el gordito. Fefé pone cara de no entender, así que le explica—. Es un videojuego: vos sos un chico que nace en una aldea perdida de Grecia. Hades, el dios del inframundo, se lleva a tu hermana, así que tenés que convertirte en un héroe para salvarla. Tu objetivo es repetir las proezas de los mitos. En el nivel trece hay que derrotar a un minotauro.

—No soy el personaje del videojuego —digo. Se decepcionan; un poco de pena me dan, así que les explico—: Cuando el minotauro corre para embestirte: doble salto, caés justo en el medio de los cuernos, te agarrás con triángulo y después, círculo, círculo, círculo, hasta que le partís el cráneo.

Los chicos de primero saltan de alegría, agradecen y se van corriendo. El que habló los detiene a los pocos metros, les dice algo y todos vuelven a chocar los cinco conmigo.

—En el hogar jugábamos todos los días —le aclaro a Fefé cuando se van.

Es raro, pero por primera vez siento que alguien me respeta en esta escuela. Ya sé que son los de primero, pero por algo se empieza.

—Vos no querés estar acá, ¿no? —me pregunta Fefé.

“Yo no quiero estar acá, pero quiero estar con vos aunque sea en un basurero”, pienso; pero en cambio digo:

—¿Me convidás un chicle?

—No. Estos son solo para gente maravillosa como yo.

El globo casi me estalla en la cara.

FRIEND ZONE

Con Fefé tenemos todo listo: al día siguiente, después del colegio, tomamos el tren para intentar encontrar a la Vieja.

—Gracias, Fefé, yo...

—No te pongas emotivo, ¿querés? Ver a un monstruo lloriqueando sería una desilusión.

Hace un globo con el chicle. Se lo reviento con el dedo, se le pega en la cara.

—Ahora somos dos monstruos —le digo.

—No te equivoques: ahora somos una monstrua y un tontito —se saca el chicle de la cara; tiene práctica. Yo hubiese estado mil años—. ¿Hoy no me pedís un chicle?

—No. Ya sé que no me vas a dar, porque son para personas normales.

—Por ahí hoy compré los que son para monstruos mitológicos. Si no pedís, nunca vas a saber.

—¿Me convidás uno?

—Claro que no.

—¿Para qué me hacés desear?

—Para que veas que es importante no quedarse con la duda. Y ¿sabés qué? Si tanto querés un chicle, comprate.

—Si me compro, no te voy a convidar.

—Y yo no te voy a pedir. ¿Sabías que los chicles para monstruos vienen con pelo de rata?

—De ratas como vos.

Fefé se agarra a mi brazo. Se me erizan todos los pelos de la nuca. Todos.

—Lo bueno de tener un amigo tan feo —me dice— es que, por comparación, ahora soy la más linda.

No me duele el "feo".

Me duele el "amigo".

ME QUIERO IR

Como son las dos de la tarde, todavía quedan algunos lugares vacíos en el vagón.

Todos me miran, pero ya estoy acostumbrado. Fefé se sienta del lado de la ventanilla. —Así el viento se lleva tu olor —me aclara. queda medio comprimida en su lugar, pero por lo menos yo puedo estirarme un poco hacia el lado del pasillo.

Cuento: hay dieciocho personas en el vagón. —¿Cuánto es dieciocho por dos?

Fefé se está mensajeando no sé con quién. —Ni idea. ¿Veinticuatro?

Hago la cuenta. Ocho más ocho dieciséis, me llevo una, uno más uno dos, más el uno que me llevaba, tres.

—Treinta y seis —digo, sintiéndome el más inteligente—. Treinta y seis ojos mirándome. Fefé no levanta la vista del teléfono.

—Treinta y cuatro —me dice al rato—. Yo no te estoy mirando. Tampoco sos tan importante. Y dejá de dar lástima, que te queda mal. Estás sentado al lado de la chica más linda del universo... No te conformás con nada.

—¿Dónde está la chica más linda del universo? Te juro que no la vi.

Entra un vendedor ambulante. Pasa por el pasillo ofreciendo golosinas.

—Comprame maní con chocolate —me pide Fefé.

—No soy tu novio, ¿sabés? Además, ni quisiera me estás acompañando: estás acá porque vamos para el mismo lado. Y si me gusta dar lástima, doy lástima todo lo que quiero.

Miro para otro lado, con ganas de bajar en la próxima estación, aunque no sepa ni cuál es.

Estoy enojado porque Fefé me pide que le compre maní con chocolate.

Estoy enojado porque Fefé no me convida chicle.

Estoy enojado porque Fefé no deja de mirar el teléfono.

Estoy enojado porque Fefé cree que soy su amigo y nada más.

Fefé para al vendedor, compra dos paquetes de maní con chocolate y me los da. Se los devuelvo. Los apoya sobre sus piernas y sigue mandando mensajes.

—No quiero —le aclaro—. No me gusta el maní con chocolate.

Es mentira: me encanta. De pronto, todo se empieza a poner rojo. Tengo ganas de cornear a alguien, a quien sea, hasta al guarda, a un policía, a una monja, no sé. Hace un rato tenía unas ganas locas de estar arriba del tren con Fefé y ahora quiero salir ya mismo de acá, estar solo, gritar, llorar, correr hasta que me exploten los músculos de las piernas, no sé.

No sé.

No sé.

No sé qué me pasa, pero en lugar de intentar averiguarlo, abro la bocota y digo la primera estupidez que se me cruza:

—¿Sabés una cosa? No sé ni para qué estamos acá. Mejor me vuelvo.

Me voy a parar, pero Fefé me agarra del brazo y, sin levantar la vista del teléfono, me dice:

—¿Y sabés otra cosa? Creo que estoy un poco enamorada de vos.

De pronto, todo ese rojo intenso se evapora; ya no tengo ganas de cornear a nadie, sino de hacer una ronda, saltar y bailar de la mano del guarda, el policía, la monja y Fefé, sobre todo de Fefé, que sigue con su teléfono, con su hermoso teléfono, tan linda como siempre, y en una de esas, hasta más, porque sí: está enamorada de mí, aunque sea un poquito.

Voy a hacerle mi gran declaración de amor, pero ella me vuelve a dar los paquetes de maní con chocolate y, sin dejar de mirar el teléfono, dice:

—Bajamos en esta, grandote.

Apenas llegamos a tocar el andén antes de que pite el tren y la locomotora vuelva a arrancar.

En la estación hace el día más lindo del mundo.

Me llamo Cristóbal Asterión

y te voy a contar mi historia tal como la relataban los griegos.

En realidad, no es *mi* historia, pero juguemos a que sí.
Soy un ser mitológico mitad toro, mitad hombre.

Nací en una isla que tiene unas playas increíbles sobre el Mar Mediterráneo: Creta.



El rey del lugar era Minos.
Su esposa se llamaba...



Pasífae. Ella engendró
a un hijo monstruoso: yo.

Entonces, Minos contrató a Dédalo,
un megaingeniero de la Antigüedad, para
que construyera la mejor de las prisiones...



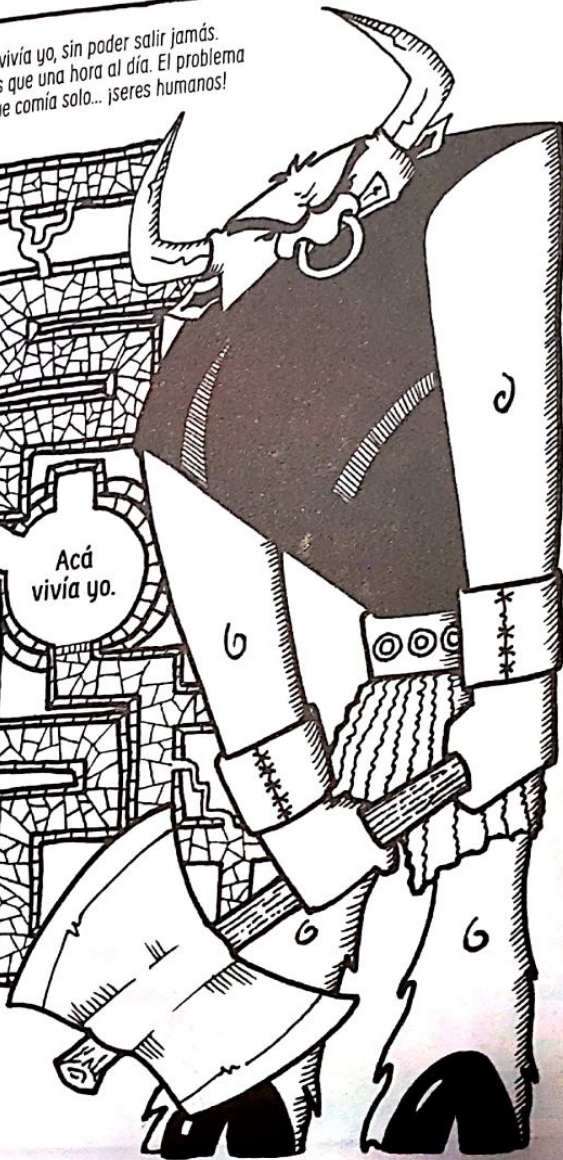
EL LABERINTO

una fortaleza llena de trampas
y pasadizos.

Ahí, justo en el centro, vivía yo, sin poder salir jamás.
Dormía poco: nada más que una hora al día. El problema
era alimentarme, porque comía solo... ¡seres humanos!



¿Cómo se resolvió esto?
Mejor que te lo cuente
Tadeo Teseo, el héroe
de esta historia...



PARTE 2
Tadeo Teseo
El héroe



NOCAUT CEREBRAL

Trato.

Juro que trato de hablar con Tomasino Heracles, pero es tan estúpido como creído. Estamos sentados en la puerta del hogar. Pasa una chica por la vereda. Linda. Una diosa, digamos.

—¿Viste cómo me miró? —dice Tomasino.

—¿Quién? ¿La chica que pasó? No jodas, loco. Ni bola te dio.

—¿Ni bola? Está muerta conmigo.

Mentira: la piba ni lo registró. Pero Tomasino es así. El problema, yo lo sé, son los músculos: los tiene tan desarrollados que terminaron agarrando a piñas al cerebro. Le ganaron por nocaut. A la lona, y ahí quedó el pobre: no se levanta más.

—Vos tendrías que trabajar mejor esos bíceps —me dice—. Así no hay manera de que la gente te respete. Estás demasiado flaco. Andar en la cosa esa no te hace más fuerte.

Debería aclararle que la cosa esa se llama *skate*, o *patineta* a lo sumo; que yo no soy un hércules que se abre paso a las piñas; que nací para moverme por pasadizos donde otros no podrían entrar; que a las chicas no solo les gustan los músculos; que no sea tan creído, ni egocéntrico, ni piense que es un dios, porque, al menos de momento, es un pibe común y corriente con pinta de héroe.

Pero prefiero seguirle el juego:

—¿Sabés que sí? La piba esa está muerta con vos.

Y ahí retoma: que tengo que hacerle caso, que él sabe de estas cosas, que va a ser mi maestro, que juntos vamos a ser imbatibles, que por algo nos pudan a dios, no se va a olvidar de mí.

Es insoportable, pero ni siquiera a la noche puedo sacármelo de encima: a Gregorio Dédalo le pareció que dejarme solo en la habitación que compartía con Cristóbal era mala idea. La solución fue mandarme a Tomasino, aprovechando que siempre se pelea con su compañero de cuarto Lucio Fauno; cada dos por tres lo agarra a las piñas.

¡Ay, Cristóbal! ¿Dónde estás? ¿Sabés cómo te extraño, loco?

Debería escapar, salir a buscarlo, intentar volver a verlo. Pero no puedo. La última vez, Cristóbal se puso hecho una furia. Pensé que podía llegar a matarme. Era como si no pudiese controlarse. ¿Y si cuando lo encuentro le pasa de nuevo? ¿Y si no hay nadie para separarnos? ¿Y si me mata a cornadas mi mejor amigo?

No soy bueno pensando, pero de algo me doy cuenta: ni yo quiero morirme, ni Cristóbal quiere matarme.

¿Pero si pasa?

Por ahí tiene razón Dédalo: en una de esas, es nuestro destino.

Una mierda, la verdad.

SKATE SIN ASOMBRO

Esta es la posta: si sos un ser mitológico, nadie cree en vos. Todos piensan que tenés un don especial que te ayuda a destacar, como si el esfuerzo no existiese y todo fuese obra de la naturaleza. Por más deslumbrante que sea el truco que hacés con el skate, nadie te va a aplaudir. Lo sé muy bien: mi cuenta tiene más de mil seguidores; su único objetivo es criticarme. Bueno, todos no, hay dos que siempre me alientan: HotCuernos, que es Cristóbal, y ChicaFantasma que, aunque nunca me lo dijo, segurísimo es Matilde Erinia.

—Es tonto que tus seguidores no disfruten de lo que hacés —me dijo un día Cristóbal—. No importa que seas un héroe de la mitología griega: todas las personas tienen características especiales. Al que nació con las piernas largas, hacer un *ollie* o un 360 no le cuesta nada. Y al revés: si vas a hacer un *grind*, te conviene tener piernas cortas. Cada uno tiene cosas que lo benefician y cosas que lo perjudican, me parece.

Cristóbal nunca en su vida se subió a un skate: así como yo nací ágil, él nació torpe. Igual, sabe más que yo del tema: se la pasa mirando videos para ayudarme a mejorar mi técnica. Puede estar horas grabando mis trucos con su celular para encontrar la toma perfecta.

Por eso sigo sin entender lo que pasó.

¿Por qué destruyó mi skate?

¿Por qué?

CON LA MIEL, NO

—Dale, flaco, que sin un buen desayuno la cosa no funciona.

Ser despertado por Tomasino Heracles es como que un tren confunda tu cama con la estación. Hasta hace dos semanas, cuando compartía cuarto con Cristóbal, era distinto. Ahora tengo que bancarme que este estúpido repleto de músculos se crea que soy su discípulo. No sé cuánto tiempo lo voy a aguantar.

Desayunamos en el comedor. Como siempre, es un caos y eso que ahora somos solo diez, sin contar a los centauros, que comen en el establo, porque se llevan a las patadas con Tomasino. Me pregunto cuánto tiempo va a tardar Dédalo en llevárselos del hogar para evitar que se maten.

—Pasame la manteca —me dice Lucio Fauno; ni siquiera me senté—. La manteca —me repite—. La mante...

Le hago una seña para que pare. Se queda mirándome mientras se aprieta una mano con la otra una vez, otra vez, otra vez: es puro nervio. Me siento.

—La manteca —me repite. Ya no puede aguantar más: se estira por arriba de la mesa y manotea la mantequera. Antes, tira mi taza, que está vacía, pero eso no impide que ruede por la mesa y caiga por el borde.

Augusto Briareo la agarra con uno de sus brazos mientras que con otros dos se acomoda el jopo,

con otro agarra un plato, con otro la tostada, y con otro el dulce de leche. Todavía le quedan dos para sacarse las lagañas. Es la reencarnación de un gigante de incontables brazos —cien o más—; otra exageración de los relatos de la mitología griega, porque en realidad solo tiene ocho. Nuestro Briareo cuenta con unos reflejos increíbles, pero le faltan modales; deja la taza delante de mí y se mete el dedo en la nariz.

—No lo soporto más al fauno este —me dice. Nadie aguanta a Lucio, porque es muy ansioso. Tiene apenas nueve años. Gregorio dice que cuando llegue a la adolescencia, va a ser peor.

Lucio Fauno me pide la azucarera. Se la paso, seguro de que se viene el desastre. Después, le saco a Augusto el dulce de leche y empiezo a untar mi tostada.

—No, no, no. Nada de dulce de leche. La tostada, con miel —grita Tomasino del otro lado de la mesa.

No deja de controlarme un segundo. Estoy a punto de decirle que no me importa ni un poco su sugerencia, pero me quedo calladito. Si algo tengo, es paciencia. Cuando se las cobre, la boleta va a ser enorme, porque también tengo buena memoria.

De todos modos, insisto con el dulce de leche. Una de las chicas que vive con nosotros en el hogar, Matilde Erinia, me sonríe desde el otro lado de la mesa. Está enamorada de mí, ya lo sé. Pero es muy fea: casi traslúcida y con los dientes torcidos; nació para dar miedo, pero lo único que siento cuando la

veo es lástima. A veces, pienso que tendría que salir a dar una vuelta con ella para que no se sintiera sola.

Tomasino empuja el tarro de miel para que se deslice sobre la mesa y llegue hasta donde estoy, pero como no controla su fuerza, sale proyectado por el borde. De nuevo es Briareo quien lo agarra; antes de dármelo, lo huele y le pasa la lengua.

—Tuya —me dice cuando la deja frente a mí.

—Gracias —digo, y me doy cuenta de que tengo la excusa perfecta para dejar de lado la sugerencia de Tomasino—. La miel chupada no me gusta.

Ya sé lo que va a pasar, así que tomo de un sorbo mi café con leche y termino de untar la tostada lo más rápido que puedo. Lucio me pide la miel, me pide la miel, me pide la miel.

—Escuchame, reverendo cabrón —dice Tomasino. No me habla a mí, sino a Augusto Briareo—. ¿No te das cuenta de que la miel es para nosotros, los héroes? ¿Cómo vas a meter la lengua adentro?

—Nah, si te voy a pedir permiso... ¿Qué te creés, loco? ¿Que esto es mitología clásica?

Listo, ya está: no se necesita nada más para que en el hogar estalle una nueva batalla campal. Hay personas que creen que ver a un gigante mitológico de ocho brazos y a la reencarnación de Heracles, el más grande héroe griego, agarrándose a las trompadas debe ser increíble. Supongo que será cierto, pero la repetición cansa: acá pasa todos los días.

THE BEST

A la escuela siempre voy en *skate*. Después de la pelea tuve que volver a usar mi primera tabla, la que Dédalo me regaló cuando cumplí diez. Gregorio se convirtió en mi archienemigo al separarme de Cristóbal, pero tengo que reconocer que cuando me regaló el *skate* estuvo bien: desde ese día, pasé más tiempo arriba de las cuatro ruedas que de mis dos piernas. Hay *skaters* para los que estar arriba de la patineta es sentirse libres. Una vez, uno dijo que era como ser parte del viento... Nada peor que un tablista que se cree poeta. Para mí, en cambio, no es libertad: lo que siento es que arriba del *skate* me puedo escapar de cualquier cosa, me puedo escurrir de todos. No me siento libre: me siento el más rápido, el más ágil, el más habilidoso. Me siento el mejor.

Cristóbal me dice que a veces soy un poco creído. Puede ser que lo parezca, pero es una forma de defenderme: me molesta tener miedo, me molesta sentir que me tratan como a un tonto, me molesta que crean que valgo solo porque nací héroe. Por eso, muchas veces tengo la necesidad de que los demás se den cuenta de que valgo por mí mismo, no por mis ancestros.

Con todo lo inteligente que es, Cristóbal no entiende lo que me pasa. Porque, aunque somos distintos en un montón de cosas, en eso nos parecemos: yo también tengo un poco de toro y un poco de hombre,

aunque no se note, aunque cuando estoy arriba del *skate* patinando a mil por hora en la bajada de la avenida, me olvide de toda la mitología griega.

PIG-LEÓN

Para mí y para Cristóbal, nuestro héroe siempre fue Aristides Pig-León. Es un grafitero de fama mundial, un hombre que ha convertido las paredes de nuestra ciudad en una obra de arte. Y, además, es de los nuestros: él también es un ser mitológico.

—En realidad —nos repite siempre Gregorio Dédalo, que lo detesta solo porque nosotros lo admiramos—, se llama Alfredo Pigmalión, pero decidió crearse un ridículo nombre artístico. Por si fuera poco, su especialidad debería ser la escultura, no el vandalismo en las paredes de nuestros queridos vecinos.

Cosas que pasan: no todos los destinos mitológicos se cumplen de la misma manera, pero igual, nunca dejan de ser fieles al original. Para los griegos, Pigmalión era un rey y un artista que se enamoró de una de sus esculturas, que representaba a una mujer muy hermosa. Nuestro Pig-León también está enamorado de sus grafitis, que son buenísimos.

El segundo *skate* que tuve me lo regaló Cristóbal. No sé cómo, convenció a Dédalo para que a su vez convenciera al Consejo, para que a su vez convenciera a Pig-León de que dibujara mi tabla.

—Lo difícil fue sacársela —dijo Dédalo—. Estaba enamorado de la patineta.

La imagen mostraba a Odín, el dios mayor de la mitología nórdica, nuestra favorita. Por supuesto que a Gregorio eso no le hizo ninguna gracia, pero ya era tarde: hasta que Cristóbal la partió al medio, tuve el único *skate* pintado por Aristides Pig-León.

Por eso, sigo sin entender por qué lo hizo.

¿Por qué romper algo que él mismo había conseguido para mí?

Por más que lo pienso, no le encuentro la vuelta.

FANS

Los seres mitológicos que vivimos en el hogar vamos a la misma escuela, pero a cursos distintos: a los profesores les da miedo que estemos juntos. Nuestros compañeros, los mortales, son curiosos a veces, molestos otras, prejuiciosos casi siempre. Yo no la paso mal, porque soy bastante parecido a ellos. En realidad, no hay grandes diferencias: por una cuestión de costumbre, los llamamos "mortales", pero nosotros también morimos. Hasta ahora, nunca ha nacido un verdadero dios, un olímpico, un auténtico inmortal.

En el primer recreo, una chica de quinto me trae tres cartas. Una, ya sé, es de Matilde Erinia. Nunca la firma, pero le reconozco la letra: hermosa, justo lo opuesto a ella. Además, siempre que la abro está

a unos metros, clavándome la mirada. Las otras dos tienen ahora variable, pero siempre son chicas de quinto o de sexto que aseguran estar perdidamente enamoradas de mí. Yo leo las cartas, sonrío, las meto en el bolsillo de atrás de mi pantalón. No me gusta decepcionar a mis fans, así que las tiro a la basura recién cuando vuelvo al hogar.

JUEGO

Como todas las tardes, después de tomar la leche nos sentamos en el living para una sesión del videojuego *Choque de dioses*. Por motivos que desconozco, Lucio Fauno es el mejor del hogar, así que cuando agarra el joystick no hay quién se lo saque. Se mueve de un lado para otro, salta, grita, tartamudea, tira patadas voladoras, se revuelca en el piso... Todo sin dejar de mirar la pantalla mientras que su personaje asesina a cuanta criatura se le cruce.

Los demás nos entretenemos mirando sus proezas. Tomasino, que es un desastre jugando, no para de darle órdenes.

—¡Apretá equis, apretá equis, apretá equis, Lucio, por todos los dioses del Olimpo!

Lucio aprieta círculo, por supuesto, y siempre gana la partida.

Al final, después de vencer a piedrazos a diez cíclopes, zapatear en la cabeza de tres titanes, ahogar a los monstruos marinos Escila y Caribdis,

prenderle fuego al caballo de Troya con todos los soldados aqueos adentro, hacerle estallar la cabeza a un minotauro, desplumar a una esfinge, montar en pelo a Quimera, sopapear a trescientos espartanos semidesnudos, cepillarle los dientes a una hidra, desmembrar al gigante Sinis y mandar a dormir a Procrustes, Lucio se enfrenta al mismísimo Zeus. A pesar de lo bueno que es, pocas veces ha logrado derrotarlo.

—¡Salto y triángulo! —le grita al oído Tomasino Heracles, poniendo en tensión cada uno de sus músculos. Lucio se distrae y se produce una tragedia griega: el rayo de Zeus lo parte al medio.

Lucio se queda mirando la escena sin saber qué hacer. Después, lo encara a Tomasino:

—Mirá lo que me hiciste hacer, gordo infeliz, gordo infeliz, gordo infeliz.

Decirle "infeliz" a Tomasino es ser fiel a la verdad; decirle "gordo", en cambio, es una imprudencia; decírselo tres veces es ansiedad, como siempre con Lucio.

—¿Gordo, yo? —dice Tomasino, indignado.

Lucio no le da tiempo a reaccionar: salta como un canguro y le pega con las dos pezuñas de cabra justo en el medio del estómago. "Ah, eso va a dejar su huella en los perfectos abdominales de Heracles", pienso.

Para cuando Tomasino reacciona, Lucio Fauno ya está en la cocina, escondido entre las ollas de las hermanas Moira, que siempre lo protegen.

Me quedo mirando la secuencia final del juego: el héroe ha quedado convertido en cenizas que un viento mágico arrastra hasta una aldea remota. Ahí, en la orilla del mar, el polvo rearma al personaje, que mira el horizonte lejano con cara de tonto. En la pantalla, aparece la pregunta:

¿Deseas continuar tu vida como héroe e intentar de nuevo derrotar a Zeus o prefieres abandonar el juego y convertirte en un simple mortal que vive una vida tranquila en una aldea alejada de los dioses?

Abajo, dos opciones: continuar, círculo; abandonar, triángulo.

Si esta fuera la vida real, debería apretar triángulo con desesperación.

Agarro el joystick que Lucio dejó arriba de la alfombra y aprieto triángulo. El héroe se convierte en un pescador que vive tranquilamente en una aldea perdida a orillas del Mediterráneo; hasta me parece que siento el olor a pescado podrido. Lo bueno es que parece que los dioses dejaron de molestarlo.

“Ojalá fuera tan fácil”, pienso. Ojalá se pudiese renunciar solo apretando un botón. Pero no se puede de esa ni de ninguna otra manera.

Y entonces, me acuerdo: hay alguien que apretó triángulo. Hay alguien que abandonó el juego. Una vez, hace un tiempo, con Cristóbal escuchamos hablar a las hermanas Moira de ella. Descubrimos poco:

que no es un invento, que no solo es un ser que ha renunciado a su condición mitológica, sino que, además, ha sobrevivido alejada de todos, sin el control del Consejo.

Es ella, la Vieja.

El único ser mitológico que renunció a su destino.

Tengo que hacerlo.

Tengo que encontrarla.

Tengo que descubrir su secreto.

Y sé quiénes pueden responder a cada una de mis preguntas.

UNA DE TRES

Estamos con Tomasino Heracles en la galería del hogar, mirando el parque. A mi lado está recostado Cerbero, el perro de tres cabezas que, según la mitología griega, custodia el Hades... el infierno, bah. Por una vez la pegaron, porque este lugar, sin Cristóbal Asterión, es precisamente eso: el inframundo, el Tártaro, el reino de los muertos.

—No puedo creer lo de Lucio —me dice Tomasino. Se levanta la remera y veo las marcas que le dejaron las pezuñas. Son de un rojo intenso y están un poco hinchadas. Pienso que pueden estar infectadas, porque Lucio anda siempre descalzo y vaya a saber qué animales extraños viven en sus patas.

Estoy por decirle que se lo merece, pero prefiero que crea que le doy la razón. Es mi actitud típica

con Tomasino. Ponerme a discutir con él es perder el tiempo: jamás logro hacerlo cambiar de forma de pensar y, para colmo, termino recaliente.

Por eso, me concentro en evitar que las dos cabezas de Cerbero que me detestan me devoren la mano. La de la izquierda siempre me quiso, pero la del medio y la de la derecha me odian; en cambio, su cola de serpiente me ignora. Darle cariño a una mascota de tres cabezas es más difícil de lo que se puede pensar.

—No sé por qué los griegos eran tan complicados. Si los perros con una cabeza son lo más lindo que hay, ¿para qué sumarle dos?

—Es para que no se escape nadie del Tártaro —me responde Tomasino. Me enfurece que sea tan simple. Cristóbal hubiese encontrado una gran respuesta, inteligente y divertida. Pero con Tomasino no se puede. Los músculos son enemigos del humor—. ¿Vamos a la escuela? Se nos va a hacer tarde —me recuerda.

—No voy a ir a la escuela. Quiero quedarme para averiguar algunas cosas sobre Cristóbal. Tengo un plan para volver a verlo, pero necesito información.

—Ah, bueno... Vos sí que no entendés nada, Tadeo: Cristóbal casi te mata. ¿Te acordás de cómo quedó el hogar después de la pelea? Con estos mismos músculos tuve que ayudar a los bomberos a apuntalar las vigas para que no se nos cayera el techo encima. Yo sé que Cristóbal era tu amigo, pero...

—Es.

—¿Qué?

—Es mi amigo, no era.

—Ese es tu problema: Cristóbal nunca fue tu amigo. La historia es clara: ustedes son enemigos mortales.

—¿De qué me hablás? Es mitología, Tomasino. Cada uno que la cuenta lo hace de manera diferente: nadie se pone de acuerdo con respecto a lo que nos pasó, pero todos esperan que seamos como tenemos que ser... Unos pobres tontos que hacen siempre lo mismo. Yo no quiero vivir así. Necesito que alguien me explique por qué me pasan las cosas que me pasan.

—¿Por qué no esperás a las fiestas Cronias? Por ahí podés preguntarle a Cirila Oráculo...

Si sos un ser mitológico, las Cronias son tu fiesta: cuatro días de comidas y bailes. Hay algunos excesos, es verdad, pero a nosotros nos tienen bastante controlados. Una vez, con Cristóbal nos colamos en la carpa de las ninfas, donde guardan la cornucopia. Como él es un minotauro, parecía que no iba a dejar de comer nunca, lo que resulta un problema si tenés en tu poder un cuerno de la abundancia. Yo, de canchero, traté de imitarlo. Me desperté dos días después, cuando lo mejor de las Cronias ya había pasado, en la enfermería del hogar. En la cama de al lado estaba Cristóbal. Le pregunté si también se había empachado.

—Se necesita mucho más que una cornucopia para eso —me dijo.

—¿Y por qué estás acá?

—Simulación. No iba a dejarte solo con la señorita Amazona.

Hipólita Amazona es la enfermera del hogar. Detesta a los hombres, aunque nadie sabe por qué.

Así es Cristóbal: capaz de perderse los mejores días de las fiestas Cronias con tal de no dejarme solo. Recordar lo que vivimos juntos me da más fuerzas para concretar mi plan. Tengo que saber qué pasó con Cristóbal, dónde está, de qué manera podemos intentar estar juntos de nuevo sin matarnos. Y, sobre todo, tengo que averiguar cómo lo hizo la Vieja. Cómo escapó a su destino.

Esperar no es una opción, así que digo:

—Para las fiestas Cronias faltan meses, Tomasino. Yo necesito hacer algo ahora.

—Te van a sacar a patadas.

—No van a encontrar culo al que patear.

—Faltar a la escuela va contra las reglas del hogar.

—¿Vos prestás atención en las clases de Catecismo Mitológico?

—Las profesoras Graya me distraen. Con ese tema de que se van pasando el ojo y el diente, porque tienen uno solo para las tres, nunca sabés para qué lado están mirando.

Tenemos Catecismo Mitológico todos los sábados con las profes Graya. Son unas viejas inmundas que nos hablan sobre nuestro origen y la responsabilidad que implica ser la encarnación de los grandes personajes de los mitos griegos. Con Cristóbal,

siempre nos sentábamos al fondo y jamás prestábamos atención. En cambio, Tomasino está siempre en primera fila, pero parece que el resultado es el mismo, así que le aclaro:

—Un héroe nunca cumple las normas, eso es lo que dicen las hermanas Graya.

—¿Eso dicen?

—No directamente. Pero cuando relatan las historias, te das cuenta. Los héroes son todos rebeldes.

—Somos rebeldes —enfatisa Tomasino.

Casi me distraigo pensando en lo que Heracles acababa de decir. De pura suerte alcanzo a sacar la mano antes de que la cabeza del medio de Cerbero me la mastique. La de la izquierda, mi amiga, le gruñe mostrándole todos los dientes. Le hago un gesto para que se detenga: detesto cuando empiezan a tirarse tarascones.

—Casi nunca me siento un héroe, ¿sabés? La mayoría de las veces me parece que es una desventaja.

—¿Cómo vas a pensar así? En un mundo lleno de incertidumbres, los seres mitológicos reencarnamos porque...

—... porque los hombres y las mujeres necesitan un ejemplo a seguir. Sí, sí, sí; ya me sé de memoria el juramento heromitológico. No es necesario que me lo recuerdes.

—¿Qué pasa? ¿No lo creés?

—No digo que no sea así, pero... ¿no te parece una contradicción? Porque en realidad, nacemos casi de casualidad. Y, hasta donde yo sé, las personas nos

tienen más miedo que admiración. Creo que el juramento es un invento del Consejo, que quiere que nos creamos que ser héroes es genial, cuando en realidad... ¡apesta! Porque no basta con nacer un ser mitológico para convertirse en ejemplo. También hay que tener ganas. Y yo, de lo que tengo ganas es de ser una persona normal, que pasa el tiempo con sus amigos y no anda pensando en cómo dejar de ser lo que es.

—No te entiendo —por un segundo, me parece que Tomasino Heracles está intentando ponerse en mi lugar, tratando de comprender; me equivoco, porque enseguida dice—: Agarrá la patineta esa y vamos a la escuela, ¿dale?

—Ya te dije que no voy.

—No te van a dejar, ya lo sabés. A menos que...

—... a menos que tenga que quedarme por cuestiones de salud.

—Exacto. Y la verdad, se te ve perfecto.

Heracles carga la mochila. Siempre que no hable, es imponente: tiene un porte perfecto, músculos perfectos, bucles perfectos y un perfecto vacío adentro de la cabeza de perfil griego que, claro, también es perfecta.

—¿Si Cerbero se enloquece, vos lo podés detener? —le pregunto mientras acaricio la cabeza de la izquierda. La del centro no deja de gruñirme.

—Claro que puedo. Soy Hércules.

—No me lo digas por exagerar, decime la verdad: ¿podés?

—Claro.

—Bueno, entonces... paralo antes de que me arranque la mano, por favor.

Sin pensarlo dos veces, le pego una cachetada a Cerbero. Paso de la cabeza del medio a la de la derecha con un sonoro plaf-plaf.

Cierro los ojos antes de sentir los dientes clavándose en mi mano abierta.

OVÍPAROS

—¿Viste que sí pude? —me dice Tomasino Heracles antes de irse a la escuela.

Miro mi mano recién vendada. Por lo menos, no me tuvieron que dar puntos. La enfermera Hipólita quiso cortármela, pero Gregorio le dijo que no exagerara.

—Tengo que ir a la escuela —digo mientras bajo de la camilla. No necesito actuar el gesto de dolor.

—No —dice Gregorio Dédalo. Desconfía, pero eso no me preocupa: es lo que hace siempre—. Mejor quedate. Quiero conversar con vos.

La cosa empieza a complicarse, pero digo que sí y lo acompaño a su oficina. Deja la puerta abierta, porque ya no queda más que el personal: todos mis compañeros están en la escuela.

—¿Ya vieron con las profesoras Graya la historia de Ícaro?

Gregorio sabe que ya nos enseñaron ese mito; controla todo lo que se hace en esta prisión a la que llaman "hogar".

—¿Ícaro? —le sigo el juego.

—Hay que prestar más atención.

—No soy bueno en eso.

—La historia de Ícaro tiene mucho que ver con mi linaje. Dentro de la mitología griega, Dédalo fue el gran inventor, una especie de ingeniero genial y creativo. Construyó el magnífico...

—... laberinto del Minotauro en la isla de Creta.

—¡Exacto! La casa de Asterión, el Templo de las Hachas... Una maravilla. No eran solo caminos: había mecanismos, trampas, distracciones, defensas. Era una fortaleza invertida: no se trataba de no poder entrar, sino de no dejar salir. Una paradoja arquitectónica. Y funcionó muy bien, aunque había un pequeño problema: alguien sabía cómo desactivar el mecanismo del laberinto. ¿Adivinás quién?

—Dédalo, el creador.

—Muy bien, Tadeo. Y por eso, el rey Minos, padre putativo del Minotauro...

Apenas puedo contener la risa.

—¿Algo te causa gracia?

—No termino de entender qué clase de padre era Minos...

—“Putativo” significa que, aunque no era el padre biológico, se lo consideraba como tal. En los tiempos mitológicos, los padres sabían qué hacer con sus hijos: o se los comían, o los encerraban en un laberinto para que murieran ahí adentro, o los colgaban de los pies en el medio de un bosque. Eso —y ahora me clava la vista— es lo que yo llamo “educación”.

Toma aire, se acomoda en su sillón y sigue:

—Es lamentable, pero la actual legislación no permite ese tipo de crianza. Decía: para que no develaran dónde estaba el Minotauro, Minos encerró a Dédalo y a su hijo Ícaro en el laberinto y los dejó a merced del Minotauro.

—No tiene sentido. Si Dédalo sabía cómo salir del laberinto, lo único que tenía que hacer era apurarse.

—¡Eso no importa! Habrá tenido amnesia o algo así, porque lo único que se le ocurrió a Dédalo fue hacer dos pares de alas de cera para salir volando junto con su hijo. Pero Ícaro... ¡Ah, Ícaro! Ícaro era un niño desobediente que, en lugar de volar bajito, quiso llegar al sol. ¿Y sabés qué pasó, querido Teseo?

—Las alas se derritieron y se hizo mierda contra el piso.

—¡Exacto! Igual te va a pasar a vos si no dejás de pensar en Cristóbal Asterión. Mi error fue no haberlos separado de entrada, Teseo; somos pocos y mandar a uno de los nuestros a otro hogar hubiese sido doloroso. Pensé que iba a ser un problema mantenerlos juntos, que iban a pelear todo el tiempo, porque está en su genética mitológica enfrentarse. Pero pasó algo mucho peor: se hicieron amigos.

—Mejores amigos.

—Es verdad: mejores amigos. Está escrito, Teseo: tu destino es enfrentarte a un minotauro. Si te dejo cerca... ¿qué va a pasar? Los seres mitológicos nacieron para repetir su historia. Nunca voy a permitir que nadie le haga nada a nadie, ¿entendés?

Nunca, nadie, nada. Me cuesta captarlo, pero al final digo:

—Yo no mataría a mi amigo.

—Pero yo no puedo arriesgarme. Y no solo por vos: la reputación de las criaturas mitológicas está en juego. Para los mortales, somos monstruos, anomalías, criaturas que deberían vivir solo en las ilustraciones de los libros; ya sabés que quieren segregarnos...

Gregorio hace una pausa dramática que yo aprovecho para sacarme una duda:

—Nunca entendí por qué nos encarnamos acá, en Buenos Aires, si somos de origen griego...

—Es difícil explicarlo. Cuando el Museo de Arte Decorativo de la ciudad de Buenos Aires estaba por ser inaugurado, un coleccionista anónimo donó un lote de antigüedades griegas. Junto con algunas ánforas y pequeñas esculturas, vinieron varios huevos de mármol un poco más grandes que los de una gallina. Los especialistas no lograron determinar qué eran exactamente: no existía ningún registro de piezas similares en los catálogos de otros museos o de colecciones privadas. Optaron por guardarlos en el depósito donde se conservan las piezas que, aun teniendo valor histórico, no se exhiben en las galerías, porque hay otras más llamativas o valiosas.

—¿Nadie sabía que esos huevos de mármol eran cigotas mitológicas?

—No podían saberlo: hasta ese momento se desconocía su existencia. Fue un guardia quien reportó que algunos de los huevos habían comenzado

a crecer. Los responsables del museo los tuvieron en observación y cuando, llenos de asombro, comprendieron que se trataba de cigotas, determinaron trasladarlas al Zoológico de Buenos Aires, donde el cuerpo de veterinarios se hizo cargo de incubarlas lo mejor que pudo. Así, casi como si fueran animales, nacieron los primeros bebés mitológicos de la Argentina: los cinco miembros del Consejo, Cirila Oráculo, las hermanas Graya y algunos más.

—¿Y cómo reaccionó la gente?

—Fue complejo, porque en esa época se sabía mucho menos que ahora. Se generaron feroces controversias; tardaron más de una década en declararnos ciudadanos de pleno derecho. Muchos nos consideraban aberraciones, errores de la naturaleza a los que era necesario erradicar. Claro que no estuvimos solos en la lucha: con una coordinación inexplicable, nacieron seres mitológicos de manera simultánea en varias partes del mundo: China, Alemania, Gran Bretaña, Mongolia... En Medio Oriente aparecieron muchos monstruos, lo que complicó la situación: al parecer, a los mortales les resulta más sencillo tolerar a quienes más se les parecen y rechazan a otros como Cristóbal, con quienes tienen diferencias más evidentes. Lo cierto es que al mundo le costó acostumbrarse a la idea: lo que había vivido años en la imaginación ahora caminaba por sus calles, estudiaba en sus colegios, trabajaba en sus oficinas y fábricas.

Dédalo es uno de los mayores expertos en el tema de las cigotas. En la Argentina, luego de que

eclosionaron las primeras y después de un extenso debate, el Estado reconoció nuestra identidad y estableció nuestro hogar para brindarnos la educación adecuada y salvaguardar al resto de los huevos. En el sótano se incuban las cigotas que aún no maduraron; son varias, aunque el Consejo se niega a decir cuántas.

Gregorio continúa con su explicación:

—Como te habrán enseñado en las clases de Catecismo Mitológico, se desconoce qué hace eclosionar a las cigotas: solo sucede. Pueden nacer tres o cuatro seres mitológicos y, años después, otros tantos. La ciencia no logró averiguar demasiado: pertenecemos al campo de la fantasía. Aunque encarnados, respetamos otras reglas, muy distintas a las que rigen para los demás.

—Cansa sentir que todo el tiempo te señalan con el dedo...

—La gente nos teme, Teseo. Y tienen un único motivo para hacerlo: somos distintos. Cuando hay diferencias, también hay miedo: a que el otro sea mejor o más fuerte, por ejemplo. Si pasara algo entre Cristóbal y vos, algo más grave que una pelea de chicos como las que tienen todos los días Lucio y Tomasino... empeoraría nuestra situación.

Puedo entender cada palabra de lo que dice. Tal vez en otra circunstancia sería cierto, pero con nosotros se equivoca.

—La verdad es que lo extraño —susurro, y una vez dicha esta verdad innegable, voy a fondo con

mi mentira—, pero le prometo que voy a tratar de dejarlo atrás. Entiendo que no conviene que estemos juntos. Lo que pasó la última vez fue demasiado grave.

Gregorio Dédalo no me cree. En su lugar, yo tampoco lo haría. Nos conocemos demasiado bien.

—Eso espero —dice, pero yo sé que no espera nada: va a estar vigilándome, como siempre. Y yo, como buen teseo, voy a estar escapando de su laberinto.

FIDEOS DEL DESTINO

Los pasillos del hogar están vacíos, así que llegar hasta la cocina en mi skate no me cuesta nada. Las trillizas Moira se pasan todo el día cocinando: destrilladas para el desayuno hasta el flan con dulce de leche para la cena. Con Cristóbal íbamos casi todas las tardes a charlar con ellas, aunque nunca las diferenciábamos: son exactamente iguales.

—Buenas —les digo no bien me asomo.

—Buenas.

—Buenas.

—Buenas, Tadeíto —dice la última.

—¿Cómo van los fideos?

Todos los miércoles cocinan sus famosos fideos del destino: mucha salsa hecha con tomates que les traen las dríadas, un poco de ajo, carne picada y laurel.

—¡Los fideos no se cortan! —advierten siempre.

Yo no sé cómo pueden ser tan lindas, pero ahí las tenés: ni una sola línea recta, bien rellenas y hermosas.

—Los fideos van perfectos. La pregunta es cómo vas vos, ¿no?

A las hermanas Moira no se les puede ocultar nada, porque desde su cocina y con sus fideos del destino deciden qué hacemos o dejamos de hacer. Por eso vengo a verlas: para que me digan si hay alguna manera de engañarlas.

—Ando extrañando a Cristóbal —les digo.

—Todos lo extrañamos al grandote —dice una suspirando mientras prueba la salsa y vuelve a meter la cuchara sin haberla lavado.

—Pero el destino ya está cocinado, Tadeo —dice la que está tirando la sal en la enorme olla llena de agua.

—Ya está servido, mi querido. No hay nada que hacer —dice la tercera, que está dándole a la manija de la máquina de hacer fideos.

—Para todos los seres mitológicos el destino manda, Tadeo. Contra eso no se puede hacer nada.

—Un héroe está obligado a cumplir con el destino trazado por el mito que lo generó.

Siguen cocinado como si nada. Me dieron las respuestas de siempre, porque hice un reclamo que deben haber escuchado mil veces. Así que voy a decir algo distinto, a ver si obtengo información diferente:

—Quiero que me hablen de la Vieja. Y nada de mentiras.

La que está revolviendo la salsa deja de revolverla.

La que está poniéndole sal al agua deja caer el paquete entero.

La que está dándole a la manija de la máquina de hacer fideos sigue haciéndola girar, hasta que ocho vueltas después se da cuenta de que no hay más masa.

Tres pares de ojos me miran. Seis pupilas de las más lindas se clavan en mis ojos.

La que estaba haciendo los fideos me dice:

—No sabemos de qué hablás.

Tiene harina en la punta de la nariz. Por primera vez puedo separar a una de las otras. Como si fuera Cerbero, me agarro a ese hueso y le hablo solo a ella:

—Quiero saber qué fue lo que pasó con la Vieja. No sirve que me lo ocultes: yo sé que existe, y sé que renunció. Te escuché con Cristóbal, hablando sobre ella en las fiestas Cronias. Quiero que me digas cómo hizo para renunciar.

—La Vieja... —susurran las tres, pero yo sigo mirando a la de la mancha de harina.

—La Vieja escapó a su destino, ¿o no? —insisto—. Quiero que me digan cómo.

—No podemos, Tadeo.

—¿No pueden qué?

—Contarte.

—No quieren.

Sigo mirando a la de la mancha de harina. Intento no llorar, juro que trato y trato, pero no puedo: siento que las lágrimas se me escapan arrastrando toda mi bronca, que se va transformando en una

tristeza viejita, antigua, mitológica. Cuando pasan por la comisura, no las pruebo; sé que son amargas.

Amarguísimas.

—No llores, Tadeo —me dice la de la mancha de harina. De pronto, lo sé: es Cloto, la Moira que teje el destino.

—No podemos decirte —aclara otra.

—No insistas —afirma la tercera, pero es tarde: saben que Cloto va a hablar y no van a poder detenerla.

—Decime quién es la Vieja, Cloto. Quiero saber. Necesito saber.

—La Vieja —dice Cloto— es una olímpica.

Una olímpica.

Una diosa.

Una verdadera inmortal.

Las otras dos miran a Cloto con reprobación.

—¡Pero cómo se lo vas a decir...!

—¡No ves que es un chico!

—¡Qué va a pensar Dédalo, por favor!

—¡El mundo mitológico va a colapsar!

—¡Sos una...!

Me seco las lágrimas.

—Basta, chicas. Nadie se va a enterar de nada. Lo único que quiero es poder volver a ver a Cristóbal sin que todo el mundo esté pensando que en cualquier momento va a intentar comerme o que yo voy a tratar de matarlo.

Las hermanas Moira apagan el fuego, dejan los fideos arriba de la mesada, se olvidan de revolver la salsa.

—No sabemos más que eso —dice Cloto—. La Vieja es una olímpica, desconocemos cuál, aunque se dicen muchas cosas... Artemisa, Afrodita y hasta Hera, la esposa de Zeus.

—El Consejo había decidido mantenerlo en secreto, no querían que nadie se enterara. Vos sabés que nunca encarnó un dios del Olimpo; todas las cigo-tas mitológicas trajeron héroes como vos, algunos monstruos como Cristóbal... Pero jamás un olímpico. Por eso decidieron no comentar nada, darle la posibilidad de que creciera hasta que cumpliera su...

Se corta. Yo completo:

—... destino.

—Sí, eso. Pero se enamoró, o eso dicen. Renunció al juramento mitológico y se fue. No hubo forma de convencerla.

—¿Y se convirtió en una simple mortal?

—Eso parece.

—Entonces, es posible renunciar... —digo.

—Pero si todos lo hiciéramos...

—¿Qué pasaría? ¿Nos extinguiríamos? —casi les grito.

—Puede ser.

Estoy por decirles que eso está muy bien, que deberíamos dejar de existir, que somos monstruosos y patéticos. Pero no lo hago, porque cuando las miro me doy cuenta de que tienen miedo. Saber que son parte de la mitología las hace sentir seguras, como cuando les digo a todos que soy el mejor en el skate y hasta yo me lo creo. Si las hermanas

Moirá renunciásen, ¿qué serían? Tres cocineras y nada más. Así las veo ahora: débiles, solas, tristes, nada especiales. Siguen siendo hermosas, es cierto. Pero no quiero que mi destino esté en sus manos.

Me acerco a Cloto, le doy un beso en el cachete y le borro con la mano la mancha de harina que tiene en la nariz. Sonríe, y de pronto me parece que ella es la nena y yo soy el grande.

Sin decir nada, agarro una flanera vacía.

—Después se la devuelvo —les digo, pero no me contestan.

Me voy sin saludar. No es desprecio; es que no puedo. No sabría qué decirles... “¿Hasta nunca?”. Sería doloroso.

Aunque también sería verdad.

APOCALIPSIS EN PAUSA

Salgo de la cocina y recorro los pasillos del hogar. Voy hacia la habitación más alejada. Cuando llego, golpeo la puerta. Nadie contesta. Insisto. Nada. Giro el picaporte. Cerrado.

—Abrí que soy yo —digo.

—Contraseña —me dice una voz del otro lado. Sueña como si hiciera mil años que no habla con nadie.

—Qué sé yo cuál es la contraseña. Abrime, dale.

—Contraseña.

—Ya te dije que no la sé, ¿podés abrimme?

—Contraseña.

—¡Ya te dije que no la sé!

—Mirá por los agujeritos de la puerta, nabo. Ahí vas a ver un cartelito con la contraseña. Leémela en voz alta.

La puerta tiene dos agujeritos: uno donde está la mirilla y otro a unos centímetros, hecho quién sabe cómo. Miro por los agujeritos. Trato de no pensar en pinches clavándose en mis ojos. Me pregunto si no habrá otra manera de averiguar lo que necesito que no incluya tratar con este demente.

Cuando logro enfocar, veo un cartel con unas letras.

—Argos —leo.

La puerta se abre solo un poco, lo suficiente como para que vea apenas un ojo de Ulises Odiseo.

—No tan fuerte. Edgardo escucha.

—Quedate tranquilo que ya se fue al colegio.

Edgardo Polifemo, nuestro cíclope, se la tiene jurada desde hace años. Por eso me hizo poner los ojos en la mirilla: para ver cuántos tengo.

Entro a una habitación que está casi a oscuras. Lo único que la ilumina son las pantallas de computadora. Algunas son de esos monitores viejos que te dejan ciego si te pasás más de media hora mirándolos. Hay uno enorme como un televisor. De fondo, se escucha ese chirrido horrible que hace un metal cuando roza contra otro: es Argos, el hámster de Ulises, aunque con esta oscuridad debería ser un murciélago. Jamás deja de dar vueltas en su ruedita, como si le encantase centrifugarse veinticuatro horas al día. Supongo que en algún momento debe

parar, porque la habitación tiene olor a pis. A pis de hámster, espero.

Ulises está moviendo sus dedos flaquísimos arriba de un teclado del que ya se borraron las letras. De todos los que vivimos en el hogar, es por lejos el más inteligente. Y también, el más antisocial.

—¿Qué hacés? —le pregunto.

—Programo.

—¿Qué programás?

—El fin del mundo.

“Qué bien. Es genial que alguien se ocupe de eso”, pienso. Pero le digo:

—No termino de entender por qué tanto empeño en acabar con el mundo. No creo que sea perfecto, pero es el único que tenemos.

—Sí, sí, en eso tenés razón. No se trata tanto del fin del mundo, sino más bien del exterminio de la sociedad tal como la conocemos.

—Sigue sin quedarme claro...

—Supremacía mitológica. ¿Nunca oíste hablar de eso?

—La verdad que no.

—Es porque yo la inventé. Los seres mitológicos somos superiores, ¿no te das cuenta?

—Somos distintos, me parece. No sé si tanto como superiores...

—Nacemos predeterminados para ser héroes.

—O monstruos. O divinidades.

—Para ser algo, ¿no te das cuenta? En cambio, los mortales no saben ni para qué están en el mundo.

Dedican la mitad de su vida a descubrirlo. Por eso se andan preguntando todo el tiempo por el sentido de la vida y esas estupideces.

—Pero...

—En cambio nosotros, cero conflicto, ¿te das cuenta? Ya tenemos todo claro. Somos la evolución, Tadeo: superiores en todo. Así que cuando logre destruir a esta civilización, ¿a qué no sabés quiénes van a empezar a gobernar? Nosotros, claro: los héroes griegos.

Ulises es más peligroso de lo que parece: no solo quiere dominar a los mortales; también pretende someter a los demás seres mitológicos bajo el gobierno de los héroes. Me da un poco de miedo, la verdad, así que decido chequear cuán cerca estamos del exterminio:

—¿Y cómo sería el fin del mundo? ¿Una lluvia de bombas atómicas?

Ulises se corre el pelo de la cara, se acomoda los anteojos culo de botella y me mira con desprecio, como siempre.

—Demasiado simple. Mi idea es mucho más siniestra. ¿Sabés qué es un pulso electromagnético?

Le digo que no. Me lo explica. No entiendo cómo puede entusiasmarse tanto con algo tan aburrido.

—... y entonces, todos los equipos electrónicos del mundo se apagarían. ¿Te imaginás lo que sería eso? Los aviones cayendo sin rumbo, los trenes descarrilando, cada sistema de comunicación anulado, los bancos colapsados...

—No más *selfies*... —agrego como para que crea que le estoy prestando atención.

—¡Exacto! No más *selfies* y entonces... ¡el mundo rendido a mis pies reconociendo mi astucia suprema! No larga espuma por la boca, pero casi.

—El tema es —digo solo por arruinarle la fiesta de destrucción masiva— que nadie sabría que fuiste vos, porque... ¿en qué red social lo publicarías? ¿Qué diario en línea te haría un reportaje? ¿Dónde se podría ver el video en el que festejás tu logro zapateando arriba de la cabeza de tus víctimas? ¿Cómo sabríamos los demás seres mitológicos que ya tenemos un nuevo dios al que adorar?

Ulises tiene los puños cerrados y la mirada perdida en el techo de la habitación. Mi frase lo pincha. Literal; de a poco, baja los brazos, agacha la cabeza y se convierte en una piñata recién reventada: acaba de dar todo lo que tiene y ni eso hizo feliz a los nenes del cumpleaños.

—Es cierto... —dice—. No lo había pensado...

Todo plan puede tener una falla. Es lo que pasa cuando uno es demasiado astuto: se la cree, y después termina quedando como un tonto.

Como un tonto o perseguido por los cíclopes.

—¿Te puedo preguntar qué le hiciste a Edgardo Polifemo para que se pusiera así?

—Nadie le hizo nada.

Ulises se ríe. No es una risa agradable. Se olvidó muy rápido de que su apocalipsis había fracasado antes de empezar.

—En realidad —comenta cuando termina de reír—, fue por las Titas.

—¿Las galletitas?

—No les digas "galletitas". Si fuera un dios, quisiera que la ofrenda que me hiciesen mis adoradores fueran kilos y kilos de Titas.

—No sé. Prefiero las Rodhesias.

—No podés comparar.

—De todos modos, eso no explica por qué te odia Edgardo Polifemo.

—Poli no me odia, Teseo. Es nada más que... todavía le arde. Como no me quería convidar, le puse limón en el tarrito de solución fisiológica que usa para limpiar el lente de contacto.

Una vez vi el lente de contacto de Edgardo: tiene el tamaño de una computadora.

—No la debe haber pasado bien, sobre todo por que tiene un solo ojo —pienso en voz alta.

—¿Quién lo mandó a ser cíclope?

Ulises vuelve a meterse en su computadora. Supongo que está intentando encontrar la forma de hacer que su pulso electromagnético deje funcionando una o dos redes sociales. Así, no solo sería el destructor del mundo; también podría disfrutarlo.

—Por más virus que programes, sin esto no sé qué vas a hacer.

Le muestro la flanera que robé de la cocina: es la pieza que le falta para poder construir su antena wifi casera. Después de que entró ilegalmente al sitio de la Casa de Gobierno y amenazó a toda la Argentina con hacerla descender al Hades, Dédalo lo tiene encerrado en su cuarto, sin internet. Si llega a

salir, lo va a mandar a un hogar telúrico en el Impenetrable chaqueño.

El día que nos explicó que Ulises se había convertido en un delincuente juvenil, Gregorio Dédalo dijo:

—Si vuelve a pasar una cosa así, la gente no nos va a perdonar. Ya hay algunos que quieren desterrarnos en la isla Martín García... No les demos el gusto.

Ulises ya tenía planeado cómo abandonar su aislamiento virtual: había construido una antena wifi casera que solo necesitaba una flanera para terminar de funcionar.

—¿De dónde la sacaste? —me dice. Está desesperado por agarrarla.

—Se la robé a las trillizas Moira. Tienen varias, así que no creo que la vengan a buscar por unos días.

Ulises estira los brazos para quedarse con la flanera; lo esquivo. Si empiezo a correr nunca va a poder atraparme, porque conozco como nadie los pasadizos del hogar.

—Tenés que prometerme que una vez que te conectes, lo primero que vas a hacer es averiguar algo para mí.

—¿Algo como qué? —y él mismo se contesta—. Dónde está Cristóbal Asterión.

—Cerca. Resulta que no puedo encontrarme con él sin antes averiguar ciertas cosas. Y para eso, necesito hablar con alguien. Lo que quiero es algo un poco más complicado que saber dónde está Cristóbal: quiero saber dónde vive la Vieja.

Se queda petrificado como si hubiese visto a Medusa. Me acerco un poco y me doy cuenta de que sigue respirando; está acomodando todas las piezas en esa cabeza demente y genial. Por fin, recupera el control de sus facultades.

—Siempre creí que lo de la Vieja era un mito.

—Parece que no.

Le doy la flanera. La conecta a unas plaquetas en dos minutos, hackea una red de wifi en cinco, entra en la base de datos de Dédalo en siete. Una vez ahí, me pregunta:

—¿No sabés nada más de la Vieja? Fecha de nacimiento, color de pelo... Algo. Dudo mucho de que en los registros esté anotada con su apodo.

—Pensé que el ingenioso eras vos.

—Soy ingenioso, pero no adivino. Necesito un poco más de información o...

Deja de hablar y se pone a teclear como un poseído. Si fuera un piano, no podría resistirme y le cerraría la tapa arriba de los dedos.

—Listo —dice, señalándome una dirección en la pantalla—. En la base de datos de Gregorio, filtré los seres mitológicos que siguen en actividad y los que están muertos. Cuando saqué esos dos grupos quedó una sola persona, que no está en actividad, pero tampoco muerta: Sofía Palacios. La Vieja.

Memorizo el nombre y la dirección. Me parece que es una localidad en las afueras de la ciudad de Buenos Aires.

—¿Tenés idea de cómo se llega?

Teclea de nuevo.

—En avión, no —me aclara.

—Menos mal. Por lo del pulso electromagnético y eso.

Ulises vuelve a desinflarse al recordar su plan fallido.

—Podés ir en tren.

Me anota en un papelito el nombre de la estación adonde debería bajar y el recorrido que tendría que hacer para llegar a mi destino. Le voy a dar la mano para agradecerle, pero me acuerdo de sus dedos moviéndose como arañas a las que les arrancaron tres patas; prefiero hacerle un gestito con la mano como si fuera una tía vieja que se despide de un sobrino insoportable. Le digo:

—Por favor, si vas a terminar con el mundo... ¿podrías darme unas horas para cerrar lo mío?

Duda, pero al final acepta.

SURFING BONDI

Escapar del hogar es sencillo: soy delgado y puedo colarme casi por cualquier lado, incluso entre las rejas del portón de entrada.

Ya en el tren, me siento del lado de la ventanilla. ¿Qué diría Cristóbal si estuviese acá? Se imaginaría una historia para cada casa que vemos, para cada conductor que maneja su auto, para cada personita que pasa caminando.

¿Cómo puede ser que ese día nos enojáramos tanto?

La tarde antes de que me peleara a muerte con mi mejor amigo, hice el mejor truco con el *skate*: el *surfing bondi*. Lo habíamos inventado con Cristóbal: iba a tomar la bajada de la avenida a máxima velocidad, más o menos como hacía siempre cuando volvía de la escuela, pero esta vez tenía que desviarme hacia el carril exclusivo para colectivos. La idea era tomar impulso agarrándome de las manijas que tienen a los costados, esas que usan las viejas para subir. Así, iba a ir pasando de un colectivo a otro aprovechando la onda verde y salteándome las tres paradas que separaban el colegio del hogar. El gran final consistía en subirme a la última parada por la rampa para discapacitados, deslizarme por la baranda y frenar justo en el medio del andén. Cristóbal iba a tomar el rápido, ese micro que casi no se detiene, para intentar filmarme a lo largo de todo el recorrido.

Pero al final no pudimos hacer el viaje completo; uno de los colectivos cambió de carril sin poner el guiño; estuve a milisegundos de llevármelo puesto. Gracias a que soy un teseo y tengo unos reflejos divinos, salté a tiempo del *skate*, me agarré justito de las manijas, y aproveché que la puerta trasera del colectivo todavía estaba abierta para subir y sentarme como un pasajero más en el asiento de cinco.

Supongo que, en el video, se escuchaban los gritos de Cristóbal, que no entendía lo que había sucedido y creía que el colectivo me había pasado por

arriba, sobre todo cuando vio mi *skate* surfeando la avenida a máxima velocidad, pero sin nadie arriba. A los gritos, le dijo al chofer que se detuviera, corrió a buscar la patineta que había quedado en el medio de la avenida y la abrazó como si fuera un bebé. Recién ahí me vio saludándolo desde la ventanilla.

Él dice que no, pero yo estoy seguro de que, abrazado al *skate*, Cristóbal estaba llorando.

VIDEO

La sacamos barata: como, al frenar, los colectivos habían bloqueado la avenida, los choferes nos gritaron unas cuantas frases poco agradables y al final, presionados por los pasajeros, que también nos gritaban frases poco agradables, y por los colectivos que había quedado embotellados atrás, que también nos gritaban frases poco agradables, y por las personas que esperaban en la parada, que también nos gritaban frases poco agradables... Decía: en el medio de tanta frasecita desagradable que nos estaba dedicando todo el mundo, y dispuestos a no perder más tiempo con un par de imbéciles como nosotros, cada uno volvió a ocupar su lugar de chofer o de pasajero para seguir viaje con la sangre en el ojo.

—¿Estás bien, Tadeo? —me preguntó Cristóbal cuando nos quedamos solos en la avenida.

—¿Cómo salió el video?

—¡Qué sé yo cómo salió el video! Pensé que te habías muerto.

—Dale, fijate cómo salió.

Cristóbal dio dos pasos enormes, como todos sus pasos, y se alejó de mí cargando con el *skate*. Corrí hasta donde estaba.

—Quiero ver el video, capo.

No me contestó. Detesto cuando se pone así. Es como si fuera todo toro y nada humano.

—Dale, Cristóbal. Mostrámelo.

De nuevo se alejó. Yo iba unos metros más atrás. Le mandé un mensaje.

T_Teseo

Me pasás el video?

Cristóbal miró el teléfono y lo guardó.

Usé "la técnica Lucio Fauno": le repetí el mensaje infinidad de veces.

T_Teseo

Me pasás el video?

Me pasás el video?

Me pasás el video?

Me pasás el video?

Me pasás el video?

Me pasás el video?

Me pasás el video?

Me pasás el video?

Me pasás el video?

Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Me pasás el video?
 Puedo repetírtelo hasta que te explote el teléfono en la mano.

Por lo general, cuando hacía la gran Lucio, Cristóbal se reía y aflojaba. Pero esta vez fue distinto. Se dio vuelta y me gritó:

—A tu videíto de mierda ya lo borré.

Y siguió caminando. Le dije que era un mal amigo si había hecho eso.

—El peor que puedas tener —me contestó.

Le pedí que me devolviera el *skate*. No lo hizo.

Llegamos al hogar. Cristóbal entró a nuestro cuarto, dejó la mochila y se fue a la galería con el *skate*.

Siempre igual: se ponía hecho una furia por cualquier cosa.

En esos casos, yo sabía que era mejor no darle bola.

Siempre volvía solito.

TRAGEDIA GRIEGA

Esa noche, cuando fui a la pieza, esperaba que Cristóbal, no sé, me pidiera disculpas, me diera una explicación, me dijera que había sido un tonto. Sabía que al video no lo había borrado; estaba seguro de que jamás haría algo así. Y yo quería verlo: podía ser más espectacular de lo que habíamos planeado; ya quería subirlo para que les llegara a todos mis seguidores, a ver si de una vez por todas les tapaba la boca.

Cuando entré al cuarto, Cristóbal estaba acostado. Los minotauros duermen poco; me di cuenta de que estaba simulando, pero no dije nada.

Y entonces, al ir a acostarme, lo vi arriba de la cama: mi *skate*, con su hermoso dibujo de Aristides Pig-León, destrozado: Cristóbal lo había partido por la mitad.

Sentí que, de pronto, mi mejor amigo se había convertido en mi peor enemigo. Me desesperé: ese *skate* era mi posesión más preciada, mi tesoro. Así que estallé. Estallé mal, que es la única forma en la que se estalla, me parece.

—¡Qué te pasa, boludo! ¡Cómo se te ocurre romperme la tabla!

Lo sacudí, le saqué la frazada, creo que hasta le salté en la espalda. No se movió para nada. Así que pensé que si los golpes no funcionaban... solo quedaba un último recurso: las palabras.

—¡Sos un animal! —le grité.

Y en eso se convirtió: en un animal, en un verdadero... monstruo. Nunca lo había visto así. En ese momento me pareció que, no sé, estaba rabioso. Así que hice lo primero que se me ocurrió: salir corriendo. Reconozco que no fue una buena idea, porque soy delgado y bastante ágil, y en cambio Cristóbal es un minotauro: grandote y torpe.

No lo puedo decir de otra manera: fue un destrozo. Un enorme y peligrosísimo destrozo.

LISTA

Dédalo hizo una lista con las cosas que se rompieron durante la persecución:

- Dos puertas con sus cerraduras.
- Veintidós floreros: todos los que había en el hogar.
- Tres inodoros.
- La mesa del comedor.
- Los vidrios de siete ventanas.
- Cuatro cuadros de nuestros antepasados.
- Cinco réplicas de estatuas del período clásico griego.
- Un tablero de ajedrez, dos de damas, uno de ludomatic.
- Tres remeras.
- La escalera principal.
- Dos televisores.

Cinco ollas y una sartén.

Cuatro paredes.

Veinticuatro libros de mitología clásica, incluyendo la edición en tapa dura del diccionario de Pierre Grimal; una joya incunable, según Dédalo.

Dos ojos. Uno de Cristóbal; el otro, mío. Bueno, en realidad no se rompieron: quedaron negros nomás.

Nos separó Augusto Briareo con ocho brazos, aunque Cristóbal seguía intentando atraparme y yo, cansado de huir, había decidido tirar un par de piñas.

Alertados por algún vecino, llegaron dos dotaciones de bomberos, tres patrulleros y el camión blindado de un grupo de élite de la policía. Cuando se trata de reprimir a seres mitológicos, nadie anda con chiquitas.

—¡Basta! —gritó Gregorio Dédalo, que llegó hasta nosotros siguiendo el rastro de destrucción que habíamos dejado por toda la casa—. Yo sabía que esto iba a pasar, pero claro: nadie me escucha, porque soy un personaje menor.

Esa misma noche nos separaron. Cristóbal guardó sus cosas mientras yo estaba en la oficina de Gregorio, escuchando uno de esos sermones que tanto le gusta dar:

—Es el destino, Tadeo. Si los dejo juntos, van a terminar matándose. Bastante es que hayan compartido casa hasta hoy. Yo sabía que, cuando llegarán a la adolescencia, esto iba a suceder.

No sé qué le pasa a la gente grande, pero piensan que llegar a la adolescencia es el principio de todos los males.

—Quiero hablar con Cristóbal —dije—. No sé por qué hizo algo así, pero alguna explicación debe tener, ¿no? Fue una discusión estúpida...

—¿Una discusión estúpida? Los bomberos están apuntalando las vigas, porque de las cuatro paredes que tiraron abajo, dos eran portantes. ¿Sabés que quiere decir eso? Que sostenían el peso de los pisos superiores. Si tiraban una pared más, una sola columna, el hogar se venía abajo. Lucio Fauno tiene un hematoma en la cabeza y Augusto Briareo, dos dedos esguinzados. Lo que pasó, Tadeo, fue terrible, pero hay algo más grave: podría haber sido peor. Muchísimo peor.

RECORDAR

Esa noche me fui a dormir con una mezcla de tristeza y bronca. Ni siquiera iba a poder comunicarme por teléfono con Cristóbal: a los dos nos cambiaron los números y yo sabía que mi amigo tenía muy mala memoria; ni siquiera recordaba el suyo; menos, el de alguno de nuestros amigos en común.

¿Por qué Cristóbal había reaccionado así? Quería volver a verlo, pero antes tenía que saber si era verdad lo que Dédalo decía. En el mito del Minotauro, Teseo mataba al monstruo. Aunque esta vez yo había salido perdiendo, la próxima podía ser distinto.

Por eso estoy acá, mirando pasar el mundo desde la ventanilla del tren. Tengo que saber si hay forma de escapar al destino. Y la única persona que puede contestarme es la Vieja.

Pasa un vendedor de maní con chocolate. Me compro un paquete. A Cristóbal le encanta, pero yo tengo alergia. ¿Para qué lo compré?

Para recordar, claro.

Para recordar.

ENAMORADÍSIMO

Bajo en la estación que me señaló Ulises Odiseo. Las vías están bordeadas por un parque donde la gente camina, corre o anda en bicicleta. Tengo que desandar unas cuadras para llegar a la casa de la Vieja, pero por supuesto traje mi skate viejo, así que solo me deslizo. Miro para arriba y veo apenas el cielo mezclándose entre las hojas verdes.

¿Por qué todo tiene que ser tan complicado?

¿Por qué? Si el cielo es tan lindo, tan simple, tan al alcance de la mano.

Pero está lejos, claro. Como Cristóbal y yo.

Y entonces lo veo.

Es casi como una aparición. Cuando bajo la vista, ahí está: sentado en el pilar de una casa, conversando con una chica flaca que lo tiene agarrado de un brazo mientras él come maní con chocolate y ella hace un globo con un chicle de frutilla.

Es Cristóbal Asterión y no necesito que me lo diga: está enamoradísimo.

ENCUENTRO

—Loco... —digo. Se me cruzan mil sensaciones: quiero abrazarlo, decirle que me perdone, que me fui a los caños la otra vez, que sin él, estar en el hogar es insoportable.

Pero cuando me ve, cuando lo veo, me doy cuenta de que piensa lo mismo que yo, así que, ¿para qué hablar?

Cristóbal me señala, señala a la chica, vuelve a señalarme, vuelve a señalar a la chica, se señala a sí mismo, y después larga un bufido de toro de esos que hacen temblar la tierra.

—¿Vos sabés cuánto te extrañaba, pelotudo? —me grita. Me agarra de los brazos y siento que soy una bolsa de papas que se sacude en la caja de la camioneta de un verdulero—. ¿Vos sabés cómo...?

La voz se le quiebra.

—No seas patético, Cristóbal. No delante de una chica —le digo con el poco aire que me queda.

Cristóbal se seca las lágrimas hasta casi arrancarse los ojos. Después mira a la chica y le dice:

—¿Sabés quién es?

La chica tiene un pie sobre el *skate*, que se me escapó cuando Cristóbal me abrazó. Hace un globo, asiente con la cabeza, mete la mano en el bolsillo



del pantalón, me muestra un paquete de chicles, me ofrece uno, estiro la mano para agarrarlo, me los saca.

—No, no, no. Estos son para gente normal, no para friquis. Otro día te compro los que son para giles que se creen héroes, ¿dale?

Ah, bueno. Qué maleducada.

—Es Fefé Fuccille —me dice Cristóbal—. Y te odia, pero porque no te conoce.

—Cuando te conozca voy a seguir odiándote, pero con motivo. Los amigos de mi novio no son mis amigos.

—¿Novio?

Cristóbal no sabe qué contestar, pero se muere de ganas de gritarme un “sí” gigante, casi tan enorme como él.

—Ponele —dice Fefé.

Es linda, la verdad. Un poco flaca, pero ¿qué puedo decir yo con respecto a eso?

Me explican entre los dos —bueno, en realidad el que habla es Cristóbal, porque Fefé apenas dice “ajá” entre globo y globo— por qué están acá: ellos también quieren preguntarle a la Vieja cómo torcer el destino. Aun estando a kilómetros de distancia, seguimos pensando lo mismo.

—¿Por qué no me avisaste? —le digo.

—No sabía cómo ponerme en contacto y además...

Se queda cortado. No necesito que siga, porque lo entiendo enseguida: tiene miedo del encuentro, de que hayamos cambiado, de que nuestro ADN

mitológico termine matándonos. Pero resulta que, al final, estamos cara a cara y no pasa nada, o pasa todo: resulta que seguimos siendo los mismos, solo que con una historia más para contar.

—¿Y ya tocaron el timbre?

—No hay nadie. El vecino nos dijo que Sofía Palacios salía de la escuela a eso de las cinco, así que ya debe estar por llegar.

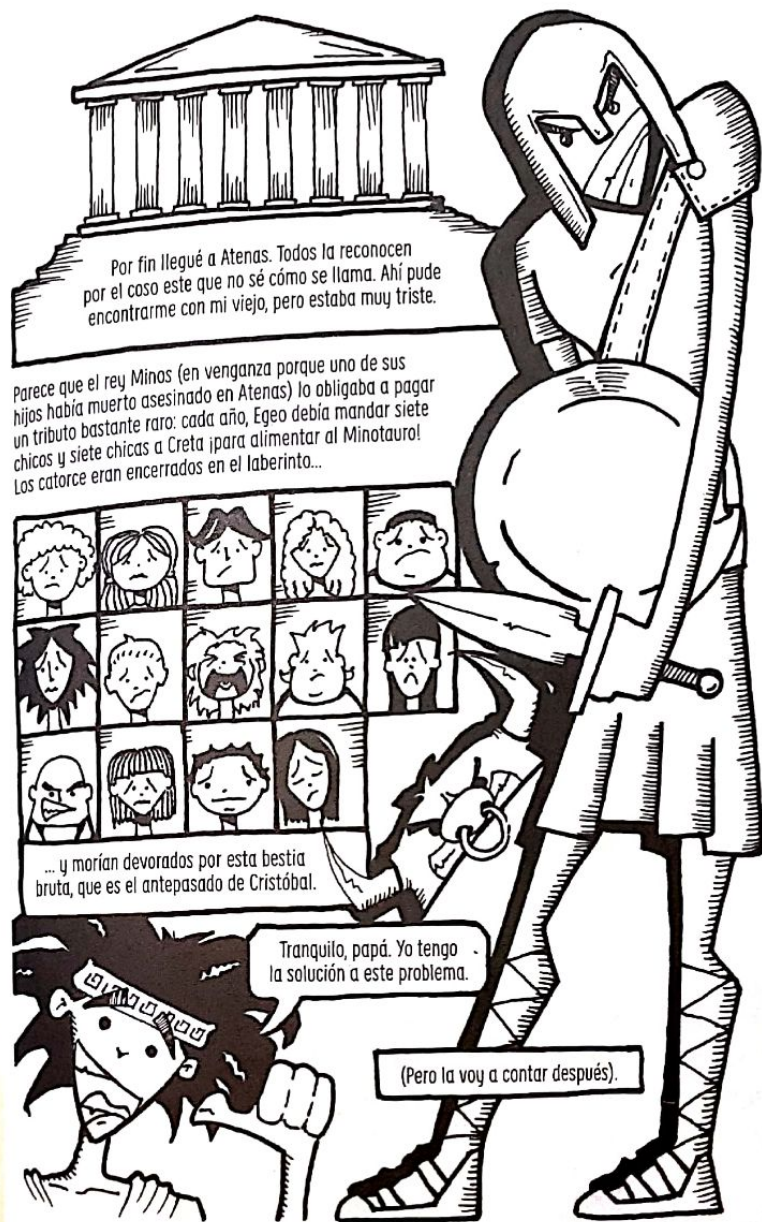
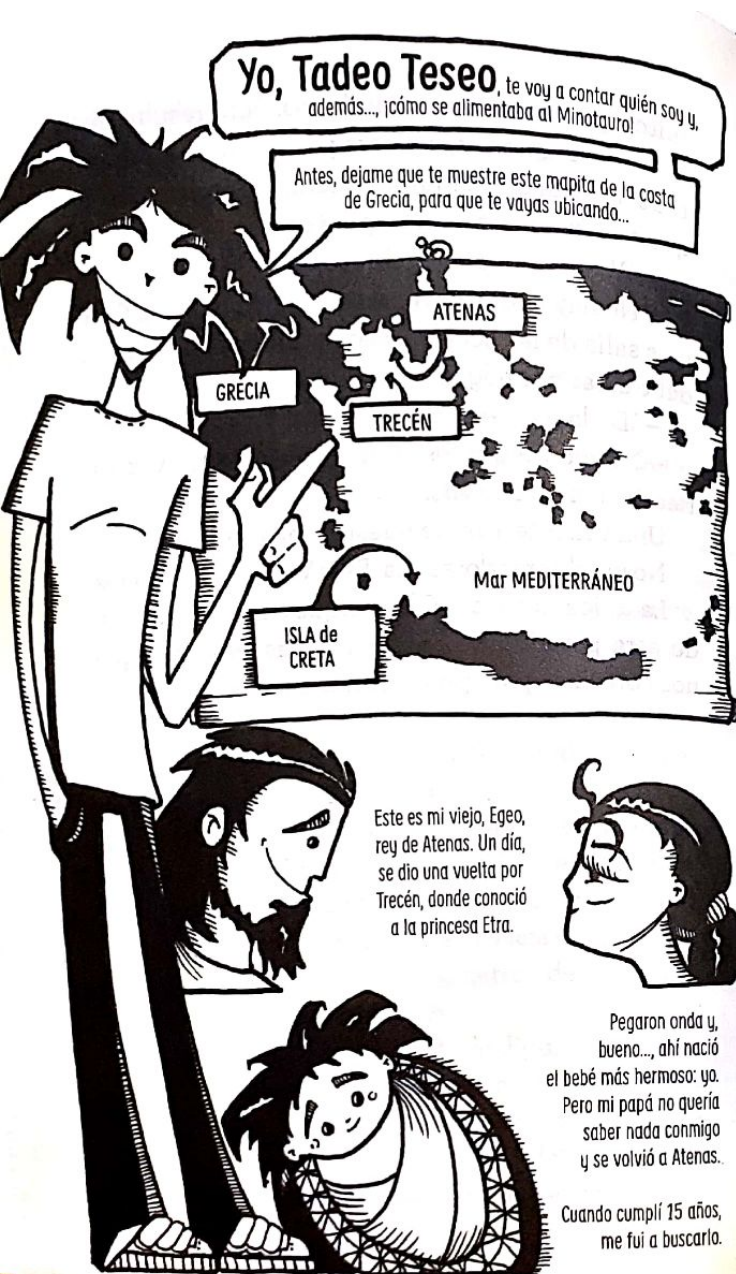
—¿De la escuela?

—No me preguntes, Tadeo, porque esta vez entiendo menos que vos.

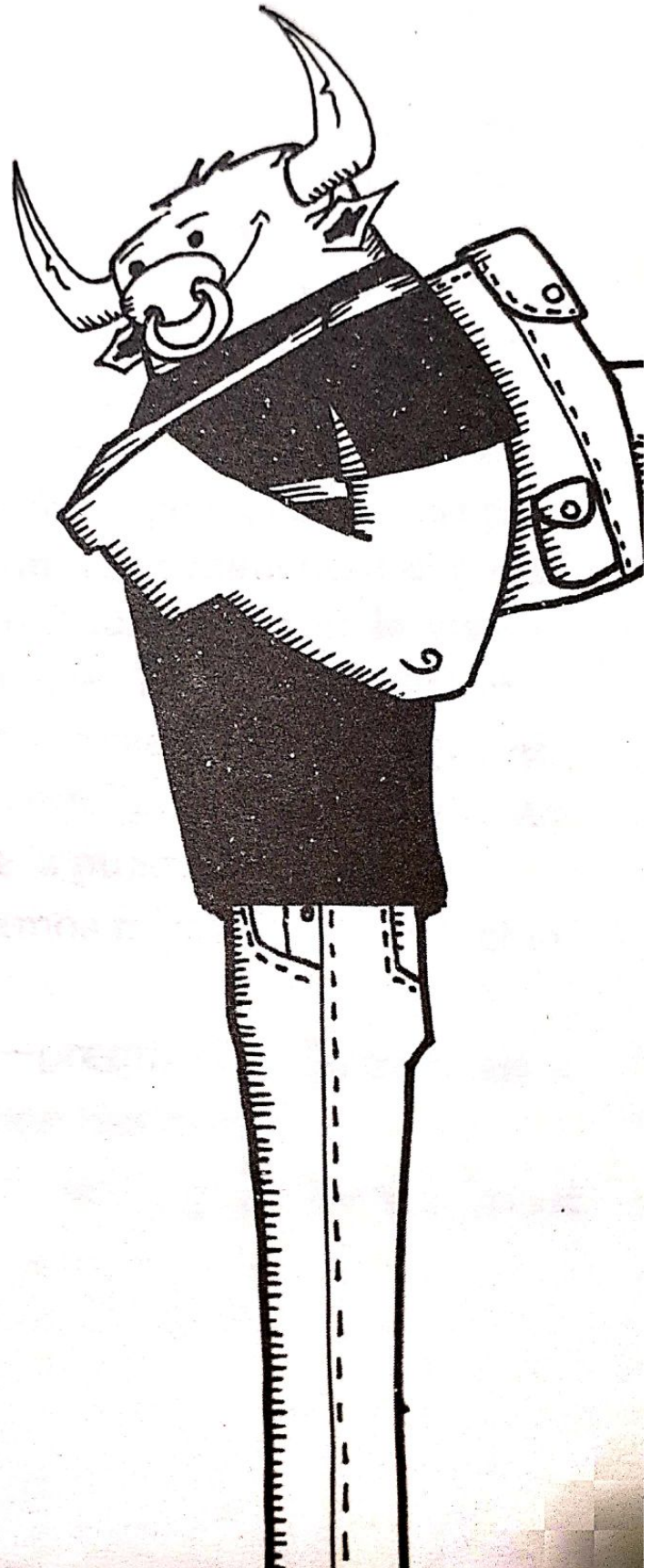
Una voz interrumpe nuestra conversación.

No puedo creerlo: es ella. Es la Vieja. Sofía Palacios.

La única diosa del Olimpo que existe en el mundo está paradita a nuestro lado, esperando a que nos corramos para poder entrar a su casa.



PARTE 3
Cristóbal Asterión
El amigo



DECISIONES

—¿Podrían ayudarme con las bolsas?

La que nos habla es una mujer de unos treinta años, con trenzas y guardapolvo de maestra. Tiene ojos enormes que se mueven para todos lados, como si funcionaran solos y analizaran hasta el último detalle. Un poco intimidada. Lleva dos bolsas repletas de cartulinas.

Agarro una de las bolsas y Tadeo la otra. La mujer busca en el bolsillo del guardapolvo. Saca un autito, un muñequito, dos chupetines, un diente.

—Nunca hay que tirarse por el tobogán panza abajo. Se lo digo siempre a mis chicos. Este lo desclavé de la tabla. Pobre Joaquincito, me olvidé de devolvérselo.

Nos muestra un mechón de pelo (“las chicas peleando son terribles, siempre se manotean el pelo, pobre Clarita”); un yoyó (“quieren hacer la vuelta al mundo y, ipaf!, chichón en la cabeza”); dos chicles (“si no se los tragan, los escupen y se pegan en el pantalón del compañerito”). Por fin, la señorita encuentra la llave y abre la puerta.

Con Teseo nos quedamos mirándonos sin saber qué hacer.

—¿No van a entrar? —pregunta—. Tanto viaje y resulta que ahora se ponen tímidos.

Espero a ver si Tadeo dice algo; siempre fue el más caradura. Empieza:

—¿Usted es la...?

Le hago señas para que no lo diga, pero ella se da cuenta enseguida de lo que estaba por preguntarle mi amigo.

—¿... la Vieja? ¡Pero claro! Y tratame de "vos", por favor.

—Es que... ¡no sos vieja!

Pasamos a la casa. Atravesamos un living con una biblioteca repleta de libros para chicos, dos mesitas llenas de crayones y varios pufs de colores desparramados por todos lados.

—Disculpen el desorden. Los sábados esta casa se convierte en una biblioteca infantil, un centro cultural para chicos, un teatro... Mil cosas.

Nos lleva hasta la cocina, nos dice que nos sentemos a la mesa, que dejemos las bolsas ahí nomás, y sigue hablando como si nos conociera de toda la vida.

—Me decían que no soy vieja... Y es verdad, aunque tengo varios años. Parece que para los dioses el tiempo no pasa igual que para el resto de los seres mitológicos.

Sofía Palacios pone la pava al fuego, prepara cuatro tazas y llena una panera con vainillas.

—Entonces, es verdad...

—Cirila no te iba a mentir, Cristóbal —me aclara Sofía.

—¿Sabés mi nombre?

—Sí, claro. Mi querida amiga me avisó que ibas a venir. De ustedes —mira a Tadeo y a Fefé— no me dijo nada, pero me arriesgo: vos sos un teseo y vos una dríada del...

—No, señora. Yo soy normal.

Sofía se queda mirando cómo Fefé hace un globo con el chicle. Cuando se revienta, le aclara:

—En este mundo nadie es normal, querida. Y si sos normal, te compadezco: qué aburrido debe ser.

Por primera vez, Fefé pone cara de desconcierto.

Sofía rebusca en las bolsas que cargamos y nos pasa una cartulina amarilla a cada uno. Después, nos muestra un círculo de cartón.

—Este es el molde. Necesito recortar veintiocho para hacer pollitos, así mañana cada nene y nena de primero escribe su nombre arriba y van practicando la letra de imprenta.

Nos pasa una tijerita a cada uno. Yo no sé de qué modo agarrarla, porque es muy chica para mis dedos de toro, así que Sofía Palacios me da un lápiz y me dice que trace los círculos usando el molde como guía, mientras que Tadeo y Fefé los recortan.

Jamás nos pregunta si tenemos ganas de ayudarla, solo nos pasa las cosas.

El agua hierve. La señorita Sofía prepara cuatro mates cocidos con leche, les pone azúcar, y después los trae a la mesa junto con las vainillas.

—Primero terminen —dice cuando intento agarrar una—. No me van a manchar los pollitos...

—Entonces, es cierto —insisto—. Sos una olímpica.

—Ponele.

—Pero... ¿qué olímpica sos?

—¿Importa?

—Bueno... sí, claro. Yo soy un minotauro, eso es obvio. Y él, como vos dijiste, es un teseo. Y ya sabés... todos nos dicen que vamos a matarnos.

—¿Importa?

—¿Qué importa? ¿Que nos matemos?

—Noooooooo. Pregunto si importa saber qué tipo de seres mitológicos son.

—Ya te dije que dicen...

—Pero repito: ¿eso es importante?

—¿Qué cosa? ¿Que no podamos estar juntos porque nacimos para enfrentarnos?

—Noooooooo. Pregunto si es importante lo que dicen los demás. Porque la verdad, yo los veo acá, sentaditos recortando pollitos, y nada: no me parece que se odien. Ojo, me puedo equivocar, pero no me parece. Incluso la normal está recortando tan mal como cualquiera. Así que, al final, no hay muchas diferencias.

La señorita Sofía agarra los círculos que le vamos pasando, y con una tijerita de esas chinas que se pliegan, empareja los cortes.

Estoy empezando a fastidiarme cuando le digo:

—El tema es que nacimos para destruirnos y nadie puede detener eso.

Sofía termina de perfilar un círculo, lo guarda con los demás y dice:

—No sé para qué naciste, la verdad. En una de esas, tenés razón y estás acá solo para matar a tu amigo, puede ser, no digo que no. Pero por más que tengas cuernos de toro, sos una persona. Y las

personas se diferencian de los animales en una sola cosa.

—No se ríen —dice Fefé sin dejar de recortar—. Los animales no se ríen. ¿Alguna vez vieron reírse a una zarigüeya?

—Nunca vi a una zarigüeya, en realidad —aclara Tadeo.

—Algunos animales sí se ríen —dice Sofía—. Los más divertidos.

Nos estamos yendo del tema.

—Pero entonces... ¿en qué nos diferenciamos de los animales? —digo.

Sofía deja los círculos, me clava la mirada y dice:

—Si un perro te muerde, ¿es malo?

—Sí —dice Teseo y muestra la mordida de Cerbero en su mano izquierda.

—Error —le contesta la señorita Sofía—. El perro muerde porque es su instinto. No es bueno ni malo. Peeeeero nosotros —humanos, normales, mitológicos, anormales, lo que seamos—, si mordemos, lo hacemos sabiendo: elegimos morder, elegimos dejar de morder, elegimos callarnos, elegimos hablar. Así que, si naciste minotauro, también naciste pensando, ¿no? Y si algún día querés matar a tu amiguito, ¿qué tenés que hacer?

—No matarlo.

—Claro. Tomar una decisión. Y eso no es tu destino: es tu elección.

Sofía cuenta los círculos que recortamos. Ya están listos los veintiocho.

—Y ahora que terminamos lo importante... ¿les parece si tomamos la leche? Me muero de hambre.

—Pero entonces, el destino... —empieza Teseo, pero la señorita Sofía lo corta.

—El destino no existe, Tadeo. Es un cuento de terror, pero no para asustar neños: es para darles miedo a los grandes. Y los grandes como ustedes y los grandes como Cristóbal, cuando tienen miedo se hacen cada vez más chiquitos, hasta que viene uno que no vale nada y se los mete en el bolsillo, ¿te das cuenta?

—Pero Dédalo...

—Ah, bueno... Tenía que salir ese nombre...

—¿Lo conocés?

—¡Pero claro! Hasta fuimos novios. Salimos un par de meses, no vayan a creer. Es un tipo bueno, pero muy estructurado. Y, además, se cree todo ese verso de que, porque somos seres mitológicos, debemos honrar nuestro origen... ¡qué ridiculez! Vivimos en la Argentina, a no sé cuántos kilómetros de Grecia. ¿Fueron alguna vez a la playa?

Tadeo y yo le decimos que nunca viajamos a la costa. Fefé levanta la mano como si estuviese en clase y cuando la señorita Sofía la mira, dice:

—Con mi familia siempre vamos a Mar Azul...

—Hermoso lugar, pero nada que ver con las costas del Mediterráneo, con las casitas blancas y el mar turquesa. Entonces, ¿qué me vienen a hablar de jurar lealtad a los griegos, que, además, cuando escribieron los mitos ni siquiera se llamaban así? Hay quichicentas versiones de cada historia: que

en una el héroe se muere, que en otra inventa el yogur, que el monstruo es una cruz de lagartija y vinchuca, que es la combinación de un cartero con siete renacuajos, que si tira rayos o se tira pedos... ¿Se rieron? Todo el mundo se ríe con la palabra *pedo*. Pero les decía: nadie sabe bien qué hacen los personajes de los mitos, porque cada uno cuenta la historia como quiere, y está muy bien. Lo hace más divertido. Por eso, ya que ni los antiguos habitantes de Grecia se ponían de acuerdo... ¿por qué ustedes no los cuentan a su manera? Creen sus propias versiones de los mitos o, mucho mejor, vivan su vida, sean felices, enamórense; si los quieren, tengan hijos —con o sin cuernos— y tráiganlos los sábados a esta casa-biblioteca. Acá leemos de todo menos...

—¿... mitos griegos? —dice Fefé.

—Nooooooo. Todo menos prospectos de medicamentos, que son aburridísimos.

—Las trillizas Moira me dijeron que renunciaste por amor.

—Tienen razón: me enamoré de la enseñanza, de los chicos y de los libros. Y una cosa más: no me fui. Crecí, avancé. Decidí. No sé por qué le dan tantas vueltas a algo que, en realidad, es muy sencillo. No quiero gente que me adore —se acerca Teseo y le hace ojitos—, aunque soy adorable.

Nos reímos. Quiero preguntarle muchas cosas, pero la señorita Sofía maneja la clase y ya terminó el tema del día:

—A tomar la leche que se enfía.

SORPRESA

Merendamos hablando de libros. La señorita Sofía me pregunta cuál es mi favorito.

—*Robinson Crusoe* —le digo.

—Alguien tiene que escribir de nuevo ese libro, pero que la protagonista sea una mujer —aclaro mientras moja la vainilla en el mate cocido. La miro fijo; es increíble, jamás se le rompe: siempre va derecho a su boca—. Y sí, soy una gran “sopadora”. Es práctica —vuelve a aclarar.

—A mí me encantó *Pippi Calzaslargas* —dice Fefé.

—Ah, mirá. Tenés bastante buen gusto para ser una persona normal.

—A mí no me gusta leer —empieza Tadeo—. Los héroes nacimos para movernos, luchar, avanzar —cuando termina la frase, su media vainilla empapada en mate cocido hace iplaf! arriba de la mesa.

—Eso es un asco —le digo.

—Lo que es un asco —me corrige la señorita Sofía— es que Tadeo se haya creído que los héroes son de tal o cual manera. Además —agrega mirando a mi amigo—, si hubieses prestado atención en las clases de Mitología, sabrías que, en realidad, los héroes nunca hacen lo que se espera de ellos: siempre inventan un camino nuevo. Así que, Tadeo, tu principal tarea me parece que es descubrir por qué calle desconocida vas a hacer truchitos con tu patineta.

ÚNICOS

Nos despedimos cuando ya está anocheciendo.

—Hay algo que no puedo dejar de preguntarte de nuevo, Sofía —digo, ya en la vereda. Apenas si veo su silueta recortada por la luz que sale de la casa. Sus ojos enormes dejan de moverse y se quedan fijos en mí. Me doy cuenta de que es una persona inquieta, pero no como Tomasino Heracles: no son sus músculos los que se mueven, sino su cerebro—. No quiero que lo tomes a mal, pero... ¿qué diosa sos?

—Peeeeeeeero claro que no me lo tomo a mal, Cristóbal. Porque decidimos, pero también somos lo que somos, ¿no? Soy una palas atenea.

—¿La diosa de la sabiduría?

—Eso dicen.

De pronto me acuerdo: “Sofía” significa “saber”. Y nuestra palas atenea sabe, pero no es creída ni piensa que, por ser una olímpica, es más que otros. Como todo esto no me sale, le digo:

—Sos única.

—Igual que todos, Cristóbal. Igual que todos.

REGRESO

Volvemos a la estación caminando despacio. Cada tanto, Tadeo se sube al *skate* y se adelanta. Yo aprovecho para darle la mano a Fefé; no sé por qué, me da vergüenza que mi amigo me vea hacerlo.

Todo lo que hasta hace unas horas nos daba miedo o temor ahora parece lejano. Es como si el cielo no estuviese tan arriba, tan alto, tan inalcanzable. En el celular, tengo una llamada perdida de Cirila.

—Estoy más que bien, abuela. Andá poniendo la pava que voy con amigos —le digo cuando la llamo.

—Yo debería volver al hogar... —dice Tadeo. Tiene ocho llamadas perdidas de Dédalo.

—Ignoralo —digo—. Hoy decidimos nosotros, ¿les parece?

Manipulo mi teléfono. Tadeo mira el suyo.

—El video... —me dice, pero no le da play. La proeza, me parece, no es el *surfing bondi*. La verdadera hazaña de hoy es estar juntos de nuevo.

TESTÍCULOS

Las cosas jamás son sencillas. Eso me repito siempre. Y justo hoy, la frase se vuelve realidad.

Porque cuando doblamos la esquina y vemos la casa de la abuela Cirila, ahí están los cuatro:

Uno: La abuela, estrujando un repasador.

Dos: Gregorio Dédalo, igual que siempre, con su perfecto traje negro y su pelo blanco casi rapado.

Tres y cuatro: Dos cíclopes, más enormes que nuestro Edgardo Polifemo, también de traje, con sus anteojos negros de un solo cristal, como si fueran *snorkels*.

Vienen a buscarnos, ¿qué duda hay?

—Vamos a resolver esto hablando —le digo a Tadeo. Me contesta que sí con la cabeza. Tarde, me doy cuenta de que me estoy poniendo de acuerdo con la persona equivocada: Fefé acaba de salir corriendo para enfrentarse con uno de los cíclopes. Supongo que piensa que nosotros, que en realidad somos dos cobardes, nos vamos a hacer cargo de los demás.

—No tiene chance —dice Tadeo y se larga con el skate atrás de Fefé. Me doy cuenta de que la conozco poco; yo me preocuparía más por el cíclope. Cuando Fefé está a poco menos de un metro, se lanza al aire en un salto mortal que se transforma en la patada voladora más impresionante y mejor direccionada del Olimpo.

El cíclope no llega a reaccionar; sus casi tres metros de estatura no pueden creer que una flaquita escuálida esté tratando de atacarlo, pero es así: Fefé acaba de darle una patada justo ahí, en medio de sus, imagino, dos enormes testículos.

El cíclope cae al suelo agarrándose la entrepierna. Tadeo aprovecha la ocasión, salta de la patineta, pica en la espalda del gigante caído para quedar a la altura del otro cíclope y le estrella los dos puños —sí, los dos— contra el vidrio del anteojo. Sé que jamás voy a volver a ver a alguien comiéndose una piña tan perfecta... ¡cómo no la filmé! Pero no es momento de lamentarse: veo todo rojo, rojo, rojo, y salgo disparado, enfurecido contra el principal responsable de todo esto: Gregorio Dédalo.

—¡Basta! —grita Cirila, interponiéndose. Está enojada. Nunca la había visto así. Gregorio, en cambio, se pone blanco—. Venimos de la imaginación de una de las culturas más importantes de la Antigüedad. ¿No tenemos otra forma de arreglar las cosas?

Todos nos quedamos quietos en nuestro lugar. El rojo de mi cerebro se esfuma sin pasar por el naranja ni por el amarillo. La abuela dice:

—Tengo ambrosía y pepitas de dulce de membrillo. Vamos a sentarnos a tomar algo y a hablar como lo que somos.

—¿Monstruos? —pregunta Fefé.

La abuela Cirila, que se había calmado, estalla de nuevo. De sus ojos sale un fuego rojo que le ilumina toda la cara. Parece Hades, el dios del inframundo.

—¡No! Dije que vamos a hablar como lo que somos... ¡personas!

Fefé no se anima a retrucarle, así que Gregorio hace como que se sacude el polvo del traje, uno de los cíclopes guarda el marco de su anteojito destrozado, el otro se seca las lágrimas y todos juntos entramos a la casa de la abuela Cirila.

AMBROSÍA

Estamos sentados en la mesita del fondo de la casa de la abuela, cada uno con su vaso de ambrosía en la mano: es un jugo amarillo un poco ácido con unas hojas verdes flotando encima.

—¿Tiene menta, abuela? —pregunto.

—Los ingredientes son secretos, Cristóbal. Lo lamento, pero ni siquiera a vos puedo decírtelos.

La ambrosía es la bebida de los dioses; no sabía que la abuela conocía la receta. Pensé que era solo otro mito.

—Ahora que todos estamos un poco más tranquilos —dice la abuela—, vamos a tratar de resolver nuestras diferencias.

Como era de prever, Gregorio objeta:

—Esto no es una negociación, Cirila Oráculo. Ellos ya no pueden estar juntos, así que Tadeo tiene que volver al hogar. Con respecto a Cristóbal...

La abuela interrumpe:

—No te entiendo, Dédalo. De verdad que no te entiendo.

—El Consejo sostiene que...

—No me vengas con esos tres o cuatro viejos que hace años no sacan la nariz a la calle, Gregorio. No sé de dónde saliste tan cerrado, vos. Yo no te crié así.

—Basta. Ya sabés que no podemos meter cosas personales en el medio de esto.

—Gregorio, te cambié los pañales mil veces cuando eras un bebé. Todo es personal.

Acá pasa algo que tengo que saber.

Pregunto:

—Pero entonces... ¿vos criaste a Gregorio Dédalo, abuela?

Gregorio se mueve incómodo y toma un sorbo de ambrosía.

—Claro, Cristóbal. Lo expulsaron del hogar cuando intentó hacer volar a su mejor amigo tirándolo desde la terraza con unas alas que había inventado.

—Basta, te dije. No me recuerdes esos momentos terribles.

—¿Terribles? ¡Pero si fue un éxito! —la abuela empieza a contarme—. Eugenio, el mejor amigo de Gregorio, voló quince metros, pasó por encima de las rejillas del hogar, pero se le ocurrió subir un poco más y se enredó en las ramas de un paraíso.

—¡Basta, mamá!

Gregorio está fuera de sí. Es fantástico, sobre todo porque esta vez no soy yo el que lo enloquece. Los cíclopes se codean y ríen por lo bajo. A la abuela no le importa:

—Cortala, Gregorio. Eugenio Ícaro solo se quebró la pierna. En sesenta días estaba saltando otra vez. Siempre fue muy inquieto.

Dédalo intenta detenerla:

—Pero el Consejo...

—El Consejo nunca entendió que fue un accidente entre chicos. ¿Sabés cuántos nenes se quiebran las piernas, los brazos, los dedos y hasta las orejas, que no tienen huesos? Te lo repito: los del Consejo no entienden nada de nada de nada de nada.

—¡Pero son la encarnación de los grandes filósofos de Grecia!

Siempre pensé que era raro, porque los filósofos no son seres mitológicos, pero igual encarnaron un par: un Sócrates, dos Diógenes y tres Heráclitos.

—Sabrán mucho de filosofía, pero no saben nada de adolescentes —dice la abuela—. Cuando te echaron, me agarré una bronca bárbara, ¿te acordás, Gregorio? Pero en ese momento no sabía lo que sé ahora, gracias a Sofía: si es necesario, se puede desobedecer al Consejo. No son dioses infalibles, solo unos viejos a los que les gusta opinar de todo.

—Mamá, esto no es discutible. Teseo se viene conmigo y...

—¿Vos te acordás de la vez que quisiste inventar una multiprocesadora integral y conectaste la juguetera, la licuadora, el televisor y el deverdéz? ¿O de la vez que clavaste los muebles al techo para que, si entraban ladrones, pensarán que estaban alucinando y se fueran con las manos vacías? ¿O de cuando hiciste un barrilete con mis bombachas y corpiños porque querías tener una sonda para ver el interior del país? Vos no me debés una, Gregorio: me debés miles. Así que vamos a hacer esto: Tadeo y Cristóbal se quedan esta noche acá para arreglar sus cosas. Mañana, si querés, Teseo vuelve al hogar, pero se van a poder ver cuando quieran. De hecho, todos los fines de semana va a haber una cama disponible para él en esta casa, ¿entendés? Y si los del Consejo te dicen algo, vos recordales que soy un oráculo, así que sé bastante bien lo que puede pasar si no aceptan mis recomendaciones.

Gregorio se acomoda las solapas del saco.

—¿No dijiste que tenías pepas, mamá?

—Claro, Gregorito. Las de membrillo que a vos tanto te gustan.

La abuela trae las pepas y, además, unos sanguchitos de salame. Ya es tarde, dice, así que mejor hacer un té-cena. "Cosas de vieja", pienso, pero igual como todo lo que puedo.

—Así que esto es ambrosía, mamá... Nunca me habías dicho que sabías hacerla.

—No seas ingenuo, Gregorio. Es limonada con menta y jengibre. Te dije que era ambrosía porque sé que te fascinan esas cosas de los mitos.

Dédalo suspira, los cíclopes se codean, Tadeo eructa, yo eructo, Fefé eructa —más fuerte que cualquiera—, y la abuela dice que somos unos guarangos.

—... pero los más lindos del mundo —aclara.

DAR PELEA

La abuela lava los platos y los vasos. Dédalo y sus dos guardaespaldas se fueron hace un rato.

Con los chicos estamos en el jardín. No hablamos. Elegimos no hablar.

De un lado tengo a Teseo, que mira las estrellas como intentando encontrarse en alguna constelación; del otro, está Fefé. No me mira, pero cada tanto me toca la mano, apenas es un roce que desata una tormenta eléctrica que me llega hasta los cuernos. Saca un paquete de chicles. Hay justo tres.

—¿Me convidás? —le pregunto.

Fefé mira los chicles, nos mira a nosotros, vuelve a mirar los chicles.

Pela uno, se lo mete en la boca.

Pela otro, se lo mete en la boca.

Pela el último, se lo mete en la boca.

Mastica como si los cachetes le fueran a explotar. Después, se saca la bola de chicle de la boca, la corta en tres con los dientes y la reparte.

Y de pronto, en la noche, tres globos de chicle de frutilla les dan pelea a las estrellas.

¿Durará?

Claro: hasta que estallen. Y después, de nuevo a empezar.

De nuevo a empezar.

O a empezar de nuevo.

Pa, yo voy a ir a Creta como uno más de los pibes que van a sacrificar, me meto en el laberinto y liquido al Minotauro.

Y así fue: me embarqué y llegué a la isla del Minotauro dispuesto a derrotarlo de una buena vez.

Lista de tareas PARA HACER EN CRETA

Entrar al laberinto.
Matar al Minotauro.

Salir del laberinto.

(La última era el problema: ¡porque nadie podía salir de ahí!).

Me ayudó esta belleza: Ariadna, la hija del rey Minos, que no bien me vio se enamoró de mí... pero yo no de ella.

Tomá la punta de esta soguita mágica. Yo te espero en la puerta del laberinto, con el ovillo.

No me pidas que te cuente lo que sigue: gruñidos, espadazos y... listo, ¡lo maté al pobre Minotauro!

Después junté el hilito y me encontré con Ariadna...

¡Ahora tenía que sacármela de encima! Pero ese ya es otro cuento.

¿Y así termina?
¡Qué triste!

Tranquilo, Cristóbal. Los griegos andaban a las piñas, pero nosotros...

No sé qué clase de persona leería algo así...

... inventamos nuestra propia historia.

Solo faltaría que alguien la escribiera, ¿te imaginás?

¡Terrible novela!

Índice



PARTE 1 - CRISTÓBAL ASTERIÓN. EL MONSTRUO ..	7
Mi mejor moco	9
Por miedo	13
Ciento cuarenta kilos	15
Oráculo	17
Laberinto	19
Vacunas completas	19
Justo debajo de mis cuernos	22
Lista	26
Un minuto pasa volando	27
Desparramo	29
A pedal	30
Dos muy solos	31
Un quién	33
La Vieja	34
Mejores amigas	36
Existe	38
Un golpe seco	38
Grandote	40
Fallos del destino	42
Nadie te acompaña	45
<i>Friend zone</i>	47
Me quiero ir	48

PARTE 2 - TADEO TESEO. EL HÉROE	55
Nocaut cerebral	57
Skate sin asombro	59
Con la miel, no	60
<i>The best</i>	63
Pig-León	64
Fans	65
Juego	66
Una de tres	69
Ovíparos	75
Fideos del destino	81
Apocalipsis en pausa	86
<i>Surfing bondi</i>	94
Video	96
Tragedia griega	99
Lista	100
Recordar	102
Enamoradoísimo	103
Encuentro	104

PARTE 3 - CRISTÓBAL ASTERIÓN. EL AMIGO	111
Decisiones	113
Sorpresa	120
Únicos	121
Regreso	121
Testículos	122
Ambrosía	124
Dar pelea	128



Ezequiel Dellutri

Nació en Buenos Aires en 1977. Escritor y docente, ha desarrollado una gran actividad enfocada en la promoción de la lectura. Fue ganador y finalista de numerosos premios. Tiene publicados varios policiales para adultos y dos libros de ensayo para adolescentes. En Norma ha publicado *Koi*, su primera novela juvenil, con la cual obtuvo el Premio Norma 2018.

Llegaste
a lo alto
de esta



Ahora
podés ver
más lejos.

Esta obra se terminó
de imprimir en octubre
de 2019, en los talleres
de Latingráfica S.R.L.,
Rocamora 4161, C.A.B.A.,
Argentina.